ANTONIO L. BUENRETIRO

4632

# La fiebre verde

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original.

Copyright, by Antonio L. Buenretiro, 1923.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24.
1923

# LA FIEBRE VERDE

**Comedia en tres actos y en prosa**

ORIGINAL DE

**ANTONIO L. BUENRETIRO**

**(Ilustraciones musicales del Maestro ALONSO)**

---

Estrenada con gran éxito en el TEATRO CERVANTES, la noche del 20 de enero de 1923.

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1923

# REPARTO

| Personajes. | Actores. |
|---|---|
| RAFAELA | Srta. Pérez de Vargas. |
| CRISTINA | Srá. Almiñana. |
| MILAGROS | » Mesa. |
| SEVERIANA | » Sánchez Ariño. |
| ANITA | » Muñoz S. Pedro. |
| LOLA | » Casteig. |
| PEPITA | Srta. Más. |
| LUCRECIA | » Martínez. |
| JUANA | Srá. Martí. |
| MISS | Idem. |
| DON RAMÓN | Sr. Espantaleón. |
| FERMÍN | » Barden. |
| DON JOSÉ | » García Rodrigo. |
| JUANITO | » Riquelme. |
| ENRIQUE | » Marín. |
| JULIO | » Domínguez. |
| CAYETANO | » Estevarena. |
| PACO | » Riquelme. |
| LUIS | » Domínguez. |
| ALBERTO | » Estevarena |
| FRANCISCO | » Graci. |
| ANTÓN | » Martí. |
| DON LEOPOLDO | » Graci. |
| PINOCHO | » Martí. |
| BAILARÍN | » García Egea. |
| MOZO | » Ariño. |
| PORTERO | » Palma. |
| JUGADOR | » Echevarría. |
| JAZ BAND | N. N. |
| HERMANOS DE LA PAZ Y CARIDAD | N. N. |
| UN NIÑO | Conchita Ajenjo. |
| UN CANTANTE | Sr. García Romero. |

Cabaretistas, bailarines, músicos y jugadores.

La acción, en Madrid.—Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

# ACTO PRIMERO

Salón lujoso en casa de DON JOSÉ, notable y acaudalado abogado.—Es la hora acostumbrada para tomar el té en las casas de la gente *bien* (valga el vocablo).—Una lámpara en el centro del salón ilumina la escena.—Aparato telefónico en el foro.—Balcón en lateral derecha.—Puertas al foro y lateral izquierda.

## ESCENA PRIMERA

JUANA y FRANCISCO, doncella y criado, respectivamente, de DON JOSÉ.

(Ambos uniformados con el decoro correspondiente a una casa de personas en brillante posición económica. Al levantarse el telón aparecen JUANA y FRANCISCO disponiendo el servicio del te para seis personas. Inmediatamente de abierta la escena suena el timbre de aviso del teléfono, pasando FRANCISCO al aparato, en tanto JUANA, con visibles muestras de curiosidad femenil, interrumpe su tarea para escuchar a FRANCISCO.)

FRANCIS. *(Al aparato.)* ¿Quién llama?... Aquí, Francisco, para servir a usted, señorito... Sí, señor; hace ya tiempo... En este momento, Don Ramón se encuentra en el despacho del señor... No, señorito. Nada he oído... La señorita Rafaela también debe estar con ellos... También. También ha venido. Ya sabe el señorito que es la amiga de confianza de mi señorita. Sí, señor; sí. Está bien, señorito. Nada diré... ¿Manda alguna cosa más el señorito?... De nada... Está bien, señorito. Siempre a sus órdenes... Adiós.

JUANA. *(Que ha estado escuchando con abandono de su quehacer.)* El señorito Fermín, ¿verdad?

FRANCIS. El mismo, y con las mismas de siempre.

JUANA. ¡Pero qué tendrá que hacer ese hombre que siempre llega tarde!, digo..., siempre, cuando llega.

FRANCIS. Vete a saber. Negocios, ocupaciones, compromisos, mil cosas...

JUANA. No sé por qué me parece a mí que todo eso es música celestial.

FRANCIS. *(Dándose importancia.)* Sí, sí, música. Es que las mujeres no comprendéis ciertas cosas.

JUANA. ¡Qué no comprendemos! Nosotras no comprendemos las cosas que tampoco vosotros comprendéis, pero de eso a que con cualquier pretexto se nos dé por convencidas..., ¡figuraciones vuestras! ¡Miá éste!

FRANCIS. ¡A ver si es que te has creído que yo defiendo a los demás na más que porque sí!

JUANA. No sé por qué los defenderás; eso allá tú; pero pudiera ser que te hubiera tocao de oficio, como dice el señor.

FRANCIS. Pa defensor, con el amo de la casa, basta, y, por si fuera poco con Don Ramón, a mí lo único que me toca de oficio es hacer lo que estoy haciendo. ¿Me entiendes?... Pues eso.

JUANA. Pues eso... *(Pausa.)* ¡Valientes tíos! Cuanto más panoli es una mujer más le toman el pelo y se ríen de ella. ¡A mí podía venir ese señor a contarme esos cuentos de todos los días! Lo que es la hija de mi madre bien prontito le iba a decir: "Las historias para dormir a los niños, y las trapisondas, en el cine." ¡¡Bueno!!

FRANCIS. Tú debes ser muy desconfiada. *(Tratando de acercarse a ella, que se retira.)* No hay más que ver.

JUANA. Lo que no soy es tonta o no quiero pasar por ello. Pues ¿qué te habías tú creído?

FRANCIS. Yo..., nada... ¡Cuidado, que vienen hacia aquí!

## ESCENA II

DON JOSÉ y DON RAMÓN.

(Al entrar estos personajes, se retiran FRANCISCO y JUANA, después de haber dejado dispuesto el servicio de té. Ambos se sientan vis a vis, desarrollándose la escena en el tono adecuado a dos personas unidas por la más íntima amistad.)

DON JOSÉ. Como ves, aun no ha venido; esto marcha. Mi experiencia de la vida sirve en muchos casos para evitarme sorpresas y prever, en lo posible, el curso de los acontecimientos.

DON RAM. En esta ocasión hay que convenir en que la razón está de tu parte; pero si yo te dijera que abrigo alguna esperanza en que ese muchacho, el prometido de tu sobrina, llegue a encontrar el momento de lucidez, reflexione, haciéndose cargo del mal camino que pisa, y rectifique su conducta de una manera definitiva...

DON JOSÉ. *(Sonriendo.)* ¿Definitiva has dicho? Querido Ramón: Propendes al bien, y sin querer crees que la cosa más sencilla es que la gente se oriente en el sentido juicioso y conveniente, y esto no es así. Y no es así porque en algunos casos no depende de las propias personas interesadas en la rectificación. Se opone a ello algo superior a su voluntad, de cuyo algo no se pueden desprender, como no se desprende el enfermo de una enfermedad incurable.

DON RAM. ¡Hombre! ¡Eso me parece un poco exagerado!

DON JOSÉ. Podrá parecértelo, pero yo estoy casi convencido de ello. De todos modos, a los resultados me atengo.

DON RAM. Efectivamente, pero admitiendo tu teoría llegaríamos a la conclusión de irresponsabilidad, y en ese caso lo que nosotros hacemos merece un calificativo durísimo.

DON JOSÉ. Tal vez. Pero del mismo modo que él no se detiene ante ningún escrúpulo para satisfacer sus ansias de vicio y dinero, no debo yo dete-

nerme para impedir la infelicidad de Rafaela, por temor a la dureza de un calificativo que podríamos discutir.

DON RAM. Yo creo que no cabe discusión. Sería merecidísimo y bochornoso para nosotros. De eso, convéncete.

DON JOSÉ. Ni mucho menos. El pretendiente de mi sobrina no es precisamente un niño, ni se encuentra ya en la edad de los pasos irreflexivos. Ha cumplido treinta y cinco años, y a partir de los veinte, desde la muerte de sus padres, toda su vida ha transcurrido en Círculos, Casinos, timbas y "cabarets". Este hombre lleva sobre sí la naturaleza de todos los vicios, de todas las pasiones. Sus esfuerzos se encaminan, fatalmente, a obtener todo lo preciso, sea como fuere...

DON RAM. ¡Hombre, no tanto!

DON JOSÉ. Sea como fuere, repito.

DON RAM. Exageras, Pepe. No hay duda que exageras.

DON JOSÉ. Imagínate cuánto celebraría ser yo el equivocado; pero..., entiendo que no. Los hombres de esta clase tienen excepcionales condiciones para cautivar, si se lo proponen, el alma de una mujer. No sé si en ellas crece, a la vez que el amor lógico de la mujer al hombre, un sentimiento de ternura y compasión o un deslumbramiento ante el ser que vivió lo prohibido; lo que sí he observado es que su debilidad les parece más protegida al lado de estos hombres, y sienten un prurito inocente e inconfesable que les hace pensar en que ellas redujeron al que saltó siempre por toda clase de trabas. Esto es un éxito para toda vanidad femenina, ¿verdad?

DON RAM. Eso parece.

DON JOSÉ. Si yo, vulgarmente, hago una oposición rabiosa a los deseos de mi sobrina, llevo perdida más de la mitad de la contienda; pero si, por el

contrario, aparento resignarme y sé conducir el desenlace al punto que me conviene, tratando de que sea Rafaela misma quien se convenza y resuelva, habré ganado la partida y con ella la felicidad de mi sobrina, que es lo más importante para mí. ¿Estamos de acuerdo?

DON RAM. Desde luego.

DON JOSÉ. Entonces continuemos nuestro plan, y el final nos dirá de qué parte estaba la razón.

DON RAM. Te advierto que va a resultarte algo caro eso de facilitarle yo dinero; dinero que tú me abonas y que él se juega, olvidándose, como tú te propones, de Rafaela y hasta de sí mismo. Si ella alcanza a conocer cuál es el motivo de la vida atropellada de Fermín, es posible que llegue a aborrecerlo y desista de sus ilusiones, pero también puede ocurrir que...

DON JOSÉ. *(Interrumpiéndole.)* No conoces a Rafaela; ya no es una chiquilla.

DON RAM. En el aspecto de que te hablo, creo que ni tú tampoco la conoces; y, volviendo a lo anterior, te repito que más caro de lo que suponías.

DON JOSÉ. Dirás que calculé mal las pesetas; pero..., caro, creo que no lo será nunca. ¿Te pidió más dinero?

DON RAM. Le llevo entregadas catorce mil pesetas, y por los preliminares creo que estoy abocado a otro sablazo. ¡Es gracioso pensar el concepto que de mi candidez habrá formado nuestro hombre!

DON RAM. Figúrate.

DON JOSÉ. No puedes tampoco imaginarte la cantidad de ingenio que derrocha para convencerme de sus necesidades y obtener el préstamo, digámoslo así, que de mí solicita una y otra vez.

DON JOSÉ. Es la enfermedad en el período álgido, que apura el ingenio hasta el agotamiento absoluto, de los medios o del individuo, en el desenlace.

DON RAM. No muy halagüeño, por cierto.

DON JOSÉ. Indudablemente; pero eso..., para él y sus

congéneres. Tú, ya lo sabes; cumple mi encargo, seguro de que me prestas un favor inestimable: facilítale dinero, con prudencia, naturalmente, y el que pierda cinco o seis mil duros no es ninguna desgracia irreparable, si se compara con lo que podría perder, y para siempre, la que en mí tiene todo el cariño e interés que no pudieran darle sus padres, porque así lo dispuso Quien puede disponerlo todo.

DON RAM. Yo te ayudaré hasta donde pueda, y tendremos...

DON JOSÉ. Tendremos que éste llegará, si Dios no lo remedia, a ser incluído en la categoría de aquellos a quienes Gorki llamó ex hombres, que es un género de muerte peor que el que obliga al enterramiento

DON RAM. Nada de muertes, Pepe. Ni aun en sentido figurado. Vivir, vivir mucho y bien, con la conciencia tranquila. ¡No es tan mala la vida como solemos decir en ratos de pesimismo trasnochado! ¿No opinas tú así?

DON RAM. Probablemente... Y dejemos esto... ¿Dónde estarán esas muchachas?

DON RAM. De confidencias..., ¡vaya una pregunta!

DON JOSÉ. Pues ya han tenido tiempo para que no les quede nada por contarse.

DON RAM. Sí, sí... Pregúntaselo y verás cómo te dicen que apenas han comenzado.

DON JOSÉ. ¿Tú crees...? *(Se aproxima a una de las paredes y oprime el botón de un timbre de llamada a la servidumbre.)*

## ESCENA III

DICHOS y FRANCISCO, que se presenta por la puerta del foro.

FRANCIS. *(Cuadrado militarmente en la puerta y sin trasponerla.)* ¿Llamaban los señores?

DON JOSÉ. Sí. Pasa, Francisco. *(Este lo efectúa colocán-*

*dose frente a Don José.)* ¿Dónde están las señoritas?

FRANCIS. En el gabinete de la señorita Rafaela.

DON RAM. Charlando, ¿verdad, Francisco?

FRANCIS. Al pasar no oí nada, y esto me hizo...—no sé si he hecho bien—...

DON JOSÉ. Sigue...

FRANCIS. Que mirase y..., me parece que la señorita Rafaela miraba a la calle detrás de los cristales. La señorita Cristina leía un periódico.

DON RAM. ¡Malo! Una mira y otra lee... ¡Malo!...

DON JOSÉ. Está bien. *(Francisco inicia la retirada, deteniéndole Don José.)* Oye, Francisco..., ¿te ha dado algún recado o carta la señorita para Don Fermín?

FRANCIS. Ninguno desde aquel que puse en conocimiento del señor. El que ha llamado por teléfono hace un poco es el señorito Fermín.

DON JOSÉ. ¿Y era a ti a quien llamaba?

FRANCIS. *(Dudando.)* ...No lo sé, pero a lo último me dijo que no dijera nada.

DON JOSÉ. Entonces, ¿qué es lo que te dijo antes de lo último?

FRANCIS. Que si estaba aquí ya Don Ramón; yo le dije que sí..., y él me dijo que no dijera nada y que en seguida venía.

DON JOSÉ. Y ¿no te preguntó nada más?

DON RAM. Algo más te preguntaría.

FRANCIS. Por la señorita. Saber si estaba en casa.

DON JOSÉ. ¡Pues dónde iba a estar sino esperándole a él! ¿No ha vuelto a decirte nada tu pariente, el criado del Casino?

FRANCIS. Ahora le veo menos porque tiene el turno de día, pero cuando le vi y hablamos de lo que el señor me encargó, volvió a decirme lo que el señor ya sabe; ahora, que con más detalles y diciéndome siempre ¡que por Dios que no le comprometa!, que ellos no pueden decir nada, porque si se supiera le pondrían en la calle.

DON RAM. De eso puede estar tranquilo, ¡pobre hombre!

DON JOSÉ. ¿Y qué detalles son esos?

FRANCIS. Pues dice..., que el señorito *es un caso*. Que a veces no tiene *mala pata* del todo; pero que como no sabe levantarse a tiempo, *le mondan siempre*. Que allí le debe dinero a todo el mundo, pero que cuando gana no paga a nadie.

DON JOSÉ. ¿Y cuándo es cuando gana? ¿No me acabas de decir que *le mondan siempre?*...

DON RAM. Hombre, alguna vez no les dará tiempo y se les irá con cáscara, ¿verdad, Francisco?

FRANCIS. Eso debe ser.

DON JOSÉ. Y ¿qué más?... ¿Qué más te ha dicho?

FRANCIS. Que allí va mucha gente preguntando por él, y siempre lo niegan. Así lo tiene dispuesto.

DON RAM. Es hombre que no le gusta discutir, y como no se había de poner de acuerdo con los que van, renuncia a la entrevista; serán *ingleses*, ¿verdad?

FRANCIS. Eso dice mi pariente, porque una noche llegó uno y dijo que de allí no se marchaba hasta que le echara la vista encima, y además se cansó de llamarle cosas.

DON RAM. ¿Y llegó a verle o sigue aún esperándole?

FRANCIS. No le vió porque el señorito Fermín salió por la escalera de servicio, y el otro, después de *la furia*, se quedó dormido en la sala de visitas, hasta que, a las seis de la mañana, lo despertaron al barrer.

DON RAM. Nuestro hombre obtiene las moratorias por cansancio.

DON JOSÉ. ¡Magnífico! Está bien, Francisco. Puedes retirarte..., sin olvidar cuanto te tengo encargado.

FRANCIS. *(Saliendo.)* Descuide el señor.

DON JOSÉ. ¡¡Y que haya que disimular y fingir ante un *quídam* de esta especie!!... Pero:..., ¿dónde tendrán la cabeza estas mujeres?

DON RAM. Aproximadamente a la misma altura que nos-

otros. No les podemos echar nada en cara, y si quieres hacerlo, nunca mejor que ahora. Ahí las tienes.

## ESCENA IV

DON JOSÉ, DON RAMÓN, RAFAELA y CRISTINA.

RAFAELA. *(Con gran cariño y zalamería.)* Tiíto. Me dijo Francisco que le habías preguntado por nosotras.

DON JOSÉ. Sí, hija mía. Le había preguntado porque esperaba encontraros aquí ya.

CRISTINA. Es que también preguntamos antes nosotras por ustedes, y al propio Francisco.

DON RAM. Pues eso no nos lo ha dicho. ¿Qué te parece, Pepe? ¡Valiente truhán está Francisco!

DON JOSÉ. Lo habrá olvidado. No puede confiar nada a su memoria. *(Rafaela mira insistentemente y a hurtadillas por el balcón.)*

CRISTINA. No le disculpe usted, porque apenas ha tenido tiempo de pensar en otra cosa.

DON RAM. Entonces es que ha querido dejaros mal, y eso no es tan fácil como supone Francisco. ¡Cualquiera modifica la idea que tengo yo de vosotras!

CRISTINA. ¡Ah, sí! Vamos a ver, Don Ramón, díganos usted esa idea.

DON JOSÉ. *(Llamando la atención de Rafaela, que sigue materialmente pegada al cristal.)* ¡Rafaela!

RAFAELA. *(Con fingimiento.)* ¡Tiíto!

DON JOSÉ. *(Con intención.)* Hay una gran diferencia entre la temperatura de la calle y la de esta casa. ¡ME ENTIENDES? Eso has podido ya verlo, y ocasiones tendrás de seguirlo comprobando. Escucha a Ramón.

RAFAELA. *(Turbada.)* Si le estaba escuchando, y con mucho gusto, como siempre.

DON RAM. ¿De veras?

RAFAELA. Sí, señor; de veras. Que me pareció escuchar ruido e impensadamente me dirigí al balcón.

DON RAM. ¿Y había motivo de ruido o fué ilusión tuya?

RAFAELA. No sé qué decirle a usted. Sería ilusión mía.

DON RAM. Pues precisamente de eso iba a hablaros yo, de vuestras ilusiones.

CRISTINA. ¿Nada más que eso comprende la idea que tiene usted de nosotras?

DON RAM. ¿Y te parece poco? Conocer las ilusiones de una persona es conocerla a ella por completo, o poco menos. ¿Qué hay en nosotros más personal y característico que nuestros anhelos, nuestros sueños, nuestras esperanzas, cosas todas que apenas nos atrevemos a pronunciar en voz alta? Pues el que conoce esto de cualquiera de nosotros, no hay duda que nos conoce bien. ¿Convencida, señorita?

DON JOSÉ. Si tratas de embrollar a la muchacha, tomo yo su defensa. ¡Cuidado! *(A Rafaela.)* Sirve el te, nena.

RAFAELA. ¿No esperamos a Fermín?

DON JOSÉ. *(Jovialmente.)* ¿Hasta cuándo?... ¿Hasta que barran?... *(Ríe ruidosamente Don Ramón, con gran extrañeza de Rafaela y Cristina, que no encuentran explicación a la frase.)*

RAFAELA. No te entiendo, tiito. ¿Qué quieres decir?

DON JOSÉ. Quiero decir que no vamos a seguir esperando hasta mañana por la mañana. Nada más.

DON JOSÉ. *(A Rafaela.)* Tiene razón tu tío, como también puede que la tenga Fermín para retrasarse o no venir. Por su gusto no habrá sido, seguramente. Ahora que el hombre propone y..., ya sabes lo demás.

CRISTINA. ¡Claro!

RAFAELA. De todos modos es un fastidio...

DON JOSÉ. Nada de fastidios ni contrariedades, para evitar que Ramón nos haga un chiste malo, diciendo que ese caballero *nos ha dado el te.*

DON RAM. ¡Alto! Lo has hecho tú, y sin dar tiempo para

prevenirse. Eso merece doble castigo. ¿Qué hacemos con él, Rafaelita? ¡Habla! ¡Pronto! ¡Sin prevenirle!...

RAFAELA. Pues... ¡Creo que han llamado! *(Escuchando.)* Sí...

DON JOSÉ. *(Secamente.)* ¡Ya abrirán!

DON RAM. *(Con lástima.)* ¡Qué pena!

RAFAELA. *(Distraída y sin perder la escucha.)* ¿Cómo?...

DON RAM. *(Cambiando de tono. Jovialmente.)* ¿Qué pena le imponemos? *(Entra Fermín, que ha oído la última frase de Don Ramón.)*

## ESCENA V

DICHOS y FERMÍN; más tarde, FRANCISCO.

(Toda la escena se desarrolla a la vez que toman el te.)

FERMÍN. Señores, si yo soy el delincuente—como seguramente lo seré—prometo no interponer recurso pidiendo que revoquen la sentencia. El Tribunal es irrecusable. *(Saluda a todos individualmente.)*

CRISTINA. De modo que está usted dispuesto a expiar un delito. ¡No estará muy tranquila esa conciencia!

DON RAM El acusado no era usted. La justicia, en este caso, no puede exponerse a errores. Va sobre seguro. *(Burlonamente.)*

RAFAELA. *(Que ha cambiado su anterior preocupación por ingenua alegría. Poniéndose al lado de Don José.)* Pero ha de escuchar antes mi informe, porque yo tomo la defensa del inculpado.

DON RAM. *(A Cristina.)* ¡Se ha pasado al enemigo! *(Refiriéndose a Rafaela.)* ¡Al fin, mujer! ¡Bah!... *(Con desprecio cómico.)*

CRISTINA. Si continúa usted haciendo esas consideraciones deserto yo también.

DON RAM. *(Dirigiéndose a Don José.)* ¡Chico, qué partido!

DON RAM. *(A Don Ramón.)* ¡Se lo debo a mi cara, Ramón, a mi cara!

DON RAM. Pues ¡ya escampa! Ahora resulta que tú también presumes.

DON JOSÉ. ¡No, hombre, no! Yo ni puedo ni presumo de nada. Recordaba la teoría de Lavater, seguro de que en mi cara se reflejaba la inocencia, y al advertirlo, estas muchachas acuden en mi defensa, oponiéndose a tu afán de venganza. ¿Está explicado?

FERMÍN. Ante todo, permita usted que me disculpe por la tardanza. Ha sido una cosa inevitable, de esas que...

DON JOSÉ. *(Interrumpiéndole.)* No siga usted, por Dios. Me hago cargo de todo.

FERMÍN. *(A Don José.)* Es usted muy amable...

CRISTINA. Y diga usted, Don José, ¿se conoce en la cara la inocencia o la culpabilidad de las personas, según la teoría de ese señor que ha nombrado usted antes?

DON JOSÉ. *(Fijándose en Fermín.)* Según la teoría del mencionado Lavater, sí. Se conoce todo: al que miente; al que dice la verdad. Se conocen los instintos, las pasiones. Es más, llega hasta afirmar que, por los rasgos fisonómicos, se conoce el pasado, el presente y hasta el porvenir de las personas.

DON RAM. Sin perjuicio de lo cual, no pudo evitar el teorizante morir de un balazo, conocedor, como debía serlo, de que sus rasgos fisonómicos le pronosticaban aquel género de muerte.

FERMÍN. Es que contra la fatalidad no hay teorías. Lo que ella tiene dispuesto, se cumple, a despecho de todo.

CRISTINA. Pues yo, en eso no creo.

DON JOSÉ. ¿En qué?

CRISTINA. En lo de la fatalidad. Me parece cosa de moros.

FERMÍN. ¡Sí, sí; de moros! ¡Y de cristianos!

RAFAELA. Qué cosas más raras dicen ustedes. La vo-

luntad de Dios está por encima de todo, y sucede lo que ella quiere y nada más.

DON RAM. ¡Ahí le duele, nena! Tú has dicho lo definitivo.

CRISTINA. Eso descontado, pero... vamos a ver. Ustedes *(A Don José y Don Ramón.)*, ¿han estudiado esa teoría de las caras?

DON JOSÉ. Yo, apenas.

DON RAM. Yo mucho, y presumo lo que quieres *(Cómicamente.)*, que hable de la tuya. ¿No es eso?

CRISTINA. No hay manera de tomarlo a usted en serio cuando una lo pretende. ¡Qué hombre! *(Con desprecio cómico.)*

RAFAELA. Vale más que no te diga nada, porque seguramente te habría de gastar alguna broma diciéndote horrores de tu porvenir.

DON RAM. Equivocada afirmación. Le diría la verdad, por desagradable que fuese...; ahora que...

CRISTINA. ¿Qué...?

DON JOSÉ. Que las caras femeninas no tienen muy acusados los rasgos, y el estudio es un tanto difícil. Se prestan más a la contemplación.

RAFAELA. *(A Don Ramón.)* Aprenda usted de mi tiito.

FERMÍN. Si hace falta una cara y nos ponemos de acuerdo *(Señalando la suya.)* en que esto sirve, estudie usted la mía.

DON RAM. Usted se nos descubrió ya como fatalista y no puede interesarle nada, convencido, como está, de que lo que ha de sucederle se encuentra escrito en un libro inmenso, lleno de páginas imborrables.

DON JOSÉ. Que no admite erratas ni enmiendas.

CRISTINA. ¡Uy qué miedo!

DON RAM. El tamaño del libro, ¿verdad?

RAFAELA. El saber lo que le espera a cada individuo. Vale más aguardar pacientemente y en la ignorancia a que cada hecho o circunstancia de nuestra vida llegue a nosotros sin que podamos decirle: "Te esperaba."

FERMÍN. Por si viene "la contraria".

DON JOSÉ. Cómo ha de venir, si está escrito que sea la que llega.

DON RAM. Menos cuando se interpone el azar, ¿verdad, Fermín?, porque entonces espera uno la suya, la que debe venir, pero que no viene porque la que llega es la del otro, y entonces quiebra el juego, y la fatalidad y el *desmiguen* son dos cosas como para reírse de ellas.

DON JOSÉ. Esto *(Dirigiéndose a Rafaela y Cristina.)* os habrá dejado convencidas, porque es tan claro y bien expuesto, que no puede mejorarse.

RAFAELA. Yo no he entendido ni una palabra.

CRISTINA. Lo mismo que yo.

DON RAM. Pero Fermín, que es fatalista; tu tío, que ha oído hablar de esto, y yo, que alguna vez que otra me he sentido caballero de la quimera y querido conocer el azar y la fatalidad, he llegado a la conclusión de que, como afirmaba Fermín, viene la contraria, aunque no salgas a esperarla.

RAFAELA. Pues en vista de que hablan ustedes en lenguaje para la exclusiva interpretación de los iniciados, les propongo cambiar de tema. ¿Se acepta mi proposición? *(Acercándose a Fermín.)*

CRISTINA. A mí lo mismo me da. Yo acabaría por entenderlo.

DON RAM. *(Aparte a Don José.)* Esta barrunta que muy en breve la espera el monólogo.

FERMÍN. Fácil sí es. *(A Cristina.)*

DON JOSÉ. Cuestión de aptitudes.

FRANCIS. *(Presentando en una bandeja una carta a Don José, que éste abre y lee silenciosamente en escena.)* Es urgente, según me ha dicho la señora que la ha traído.

DON JOSÉ. Con permiso de ustedes. *(Después de leerla.)* ¿Estará ella ahí?

FRANCIS. Sí, señor. Acompañada de una niña.

DON JOSÉ. *(Entregando la carta a Don Ramón.)* De Luján. Entérate. Debe ser el asunto de que me habló esta mañana. Se ve que tiene verdadero interés.

DON RAM. *(Después de haber leído la carta.)* Y es para tenerlo.

DON JOSÉ. ¿Quieres venir? Te presentaré como compañero, y los dos iremos ganando, digo los dos, refiriéndome a ella y a mí.

DON RAM. Eres un afable. ¡Vamos allá!

DON JOSÉ. *(Dirigiéndose a Fermín, Rafaela y Cristina.)* Volvemos pronto. Se trata de una consulta, y creo que no será larga.

DON RAM. *(A Fermín.)* ¡¡La fatalidad!! Estaba escrito que nos habían de interrumpir para contarnos algo que tal vez no sea alegre. Estaba escrito.

FERMÍN. Pero... ¿No se irá usted sin que nos veamos nuevamente?

DON RAM. También está escrito..., siempre que no venga la contraria.

FERMÍN. ¡Eso faltaba! *(Salen Don José y Don Ramón, precedidos de Francisco.)*

## ESCENA VI

FERMÍN, RAFAELA y CRISTINA.

CRISTINA. *(Tomando un libro o periódico de los que debe haber sobre cualquiera de los muebles de la habitación, y abriéndolo u hojeándolo como el que se somete a una labor de paciencia y resignación.)* ¡Ancha es Castilla! No pierdan ustedes el tiempo. Yo vigilaré atentamente. Cumpliré con mi deber. Hoy por ti, mañana por mí.

RAFAELA. *(Besándola zalameramente.)* ¿De veras, preciosa, que no te enfadas? ¿De veras?...

CRISTINA. ¡Chica, qué bobada! No te he dicho que hoy por ti, y mañana por mí...

FERMÍN. ¿Mañana precisamente?

CRISTINA. *(Suspirando cómicamente.)* ¡¡Ay!! No lo sé. Cuando sea.

RAFAELA. Conmigo cuenta siempre para todo. Ya lo sabes. *(Besándola nuevamente.)*

FERMÍN. Y de mí... No hay que hablar.

CRISTINA. De usted, sí hay que hablar, y creo que no muy bien. Por lo pronto, ya hemos hablado, y como usted merece. Ahora sigan ustedes, porque a mí ya no me interesa. *(Finge leer con gran seriedad.)*

FERMÍN. *(A Rafaela, sentándose juntos y un tanto aparte de Cristina.)* ¿De modo que mis ausencias son motivos que aprovechas para despellejarme? ¡Bien, pitusa, bien!

RAFAELA. Y si en tus ausencias no hablo y pienso de ti y en ti, ¿cuándo puedo hacerlo contigo?

FERMÍN. Claro es que yo no siempre puedo disponer de mi persona, pero de eso a que el tema elegido sea para no recordar más que aquello que te desagrade, la verdad, me parece un poco fuerte.

RAFAELA. Mira, Fermín. Nada te he dicho hasta ahora, pero me creo en el caso, por lo mucho que te quiero, de no ocultarte nada. Dudo de ti; dudo de tus disculpas; pienso que alguna vez no me dices la verdad. Estoy segura de ello.

FERMÍN. *(Un tanto azorado.)* Pues... te equivocas.

RAFAELA. Con eso no has de convencerme. Me parece demasiado poco.

CRISTINA. *(Aparte.)* ¡Y tan poco!

FERMÍN. ¡Sería una labor muy minuciosa y de mal gusto referirte al detalle mis quehaceres, mis ocupaciones. *(Reaccionando y con apasionamiento.)* Invertiría en ello un tiempo que nunca es bastante para mirarte con arrobamiento, oírte como un embelesado y decirte luego: Rafaelita...

RAFAELA. *(Interrumpiéndole y tapándole la boca con la mano.)* No te dejo seguir porque...

FERMÍN. Me había olvidado de Cristina.

CRISTINA. Y yo de ustedes.

RAFAELA. No. No es por eso.

CRISTINA. *(Por lo bajo.)* Gracias.

FERMÍN. Entonces, ¿por qué es?

RAFAELA. Es porque advierto en ti constantemente una intranquilidad que te aparta del momento presente, sea el que sea. Tu atención está fuera de todo. Ignoro adónde irán tus pensamientos, que con tal fuerza los reclama otro lugar. No sé cuál es éste, pero sí te aseguro que es más poderoso que todos los demás. Tus disculpas...

FERMÍN. Disculpas, no; explicaciones.

RAFAELA. Bueno. Llámalo como quieras, pero con uno u otro nombre, son siempre verdaderos esfuerzos mentales para darles el ropaje de lógica y veracidad que a mi pesar no consigues...

CRISTINA. *(Aparte.)* Esta niña lee los discursos de don Melquiades.

FERMÍN. Quieres decirme que te miento.

RAFAELA. *(Enfadada.)* No lo sé.

FERMÍN. Piensas acaso que otra mujer...

RAFAELA. El día que lo pensase sería el último en que me acordase de ti.

FERMÍN. Entonces... ¿Qué es lo que piensas?

CRISTINA. *(Aparte.)* ¡Ahí está el lío!

RAFAELA. Ni yo misma lo sé. Algo que se parece mucho a los presentimientos. Creo que no hay ninguna mujer de por medio. No sé si es que lo creo o que quiero creerlo. El resultado es igual. Pero estoy segura de que hay algo muy poderoso, superior a ti mismo, que tuerce tu vida y hace de ti un ser extraño, que recobra sus dotes de hombre de mundo muy rara vez, y gracias a ello consigues que los demás, los que se interesan menos que yo, no lo reparen y sigas disfrutando de su consideración.

FERMÍN. Y ¿por qué habría de perderla?

RAFAELA. No lo sé. Ya te he dicho que esto no pasa de ser en mí un presentimiento, pero yo, que ya no soy una chiquilla, me atrevería a asegurarte que cuando el corazón de una mujer enamorada presiente una pena, rara vez se libra de ella.

CRISTINA. *(Cómicamente.)* ¡Dios nos libre!

FERMÍN. *(Vacilando y aproximándose a Rafaela, que abandona el asiento llevada de su nerviosismo.)* Pero escucha..., escucha... Es necesario que yo te explique... *(Saca el moquero para secarse los labios, y al tiempo de hacerlo cae de su bolsillo una ficha de las usadas en las mesas de juego, la que con viveza recoge y mira Cristina.)*

RAFAELA. Eso es lo que espero, tus explicaciones. Leales, sinceras *(Con amor.)*, como las merece mi cariño; como las he soñado siempre viniendo de ti.

CRISTINA. *(Interrumpiéndoles.)* Al sacar del bolsillo el pañuelo que tiene usted en la mano cayó al suelo este cartón. Por si le interesa, guárdelo, y en sitio más seguro. *(Entregándoselo.)* Ya ve usted con qué facilidad puede perderlo.

FERMÍN. *(Azorado.)* Muchas gracias, por la devolución y el consejo.

RAFAELA. *(Solicitándolo.)* ¿Me permites? *(Mirando.)* ¿Qué significa esta cifra "ciento" que tiene escrita por las dos caras?

FERMÍN. *(Dudando.)* Es una chapa del guardarropa del Casino. *(Cortando el incidente.)* Y... vamos a lo nuestro. Te decía que es necesario que comprendas la imposibilidad material de que en todo momento pueda yo...

## ESCENA VII

DICHOS, DON JOSÉ, DON RAMÓN, MILAGROS, el NIÑO, FRANCISCO y JUANA.

(Se oyen en el interior sonar de timbres y el llanto de un niño, que alarman a los personajes que están en escena, cuya conversación queda interrumpida, y a poco aparece FRANCISCO, por la puerta del foro, hablando con la precipitación del hombre que está impresionado.)

RAFAELA. *(Con alarma.)* ¿Qué es eso, Francisco? ¿Qué sucede?

FRANCIS. *(En la forma acotada.)* La señora que trajo la carta, que se ha puesto muy mala y se ha *esmayao,* y el chico, que llora. Juana la está auxiliando, y el señor me avisa para que vayan los señoritos, pero... me parece que vienen todos para aquí... Sí... *(Salen a su encuentro Rafaela, Cristina y Fermín, en tanto Francisco prepara un sillón en el centro de la escena para que lo ocupe la enferma. Esta, Milagros, entra en escena apoyada en los brazos de Rafaela y Juana, y seguida de Cristina, Don José, Don Ramón, Fermín y Francisco, que va a su encuentro. Colócanse todos en la forma más conveniente para la escena que va a desarrollarse, procurando que las mujeres estén juntas. El niño, sollozando, al lado de su madre, y en todo momento los demás en actitud de compasión y cuidados por Milagros.)*

DON JOSÉ. *(A Francisco.)* ¡Abre ese balcón de par en par! *(A Juana.)* Prepara una taza de te con unas gotas de azahar. *(Rafaela seca con su pañuelo el sudor de la frente de la enferma. Los demás callan contemplando la operación. Se tranquiliza un poco Milagros.)*

RAFAELA. *(Al darse cuenta de ello.)* ¿Pasó ya, señora? ¿Se encuentra usted mejor? Eso no ha sido nada. Un ligero vahido. *(El niño aumenta en sus sollozos, pero sin exageración.)*

CRISTINA. *(Al niño.)* No llores, rico, no llores. Ven acá,

que voy a darte una porción de cosas. ¡Tú verás qué preciosas! *(El niño se acerca más a su madre, no atendiendo a la invitación de Cristina.)*

NIÑO. *(Llorando.)* ¡Ay mi mamá! *(Dicho en voz baja, relativamente. Sin separarse de ella.)*

MILAGROS. *(Llorando también y abrazando y besando al niño.)* ¡Hijo de mi alma, y qué desgraciados somos!

RAFAELA. ¡No se aflija usted, por Dios!

DON JOSÉ. Tenga usted calma, señora, que todo se arreglará.

CRISTINA. ¡Confíe usted en Don José. Cuando él la dice que se arreglará, delo usted por seguro.

MILAGROS. ¡Si Dios hiciera un milagro! ¡Si se apiadase de este inocente! *(Señalando a su hijo.)* Por él se lo pido a usted, Don José. Cuanto usted haga por el desgraciado de su padre, será en bien de esta criaturita, que no tiene más amparo que el mío, y figúrese usted *(Llorando.)* para lo que puede servirle.

DON RAM. Dios no nos abandona jamás. Confíe usted en El y en nosotros, luego.

RAFAELA. *(A Don José.)* Pero ¿qué le ha sucedido, tiíto? ¿Es muy grave? *(A media voz.)*

DON JOSÉ. Bastante, nena, bastante; pero qué caray, todo se arreglará. Anímese usted. *(A Milagros.)*

JUANA. Aquí está el te.

RAFAELA. *(Dándoselo a Milagros.)* Esto le sentará bien. Vamos allá.

MILAGROS. Gracias. Muchas gracias, señorita.

DON RAM. *(Aparte a Don José.)* Estuvimos un poco ligeros no ocultando a esta pobre señora la gravedad del delito. Nunca aprende uno lo bastante.

DON JOSÉ. Tienes razón.

FERMÍN. *(En voz alta, dirigiéndose a Don José y Don Rafael, sin darse cuenta de que Milagros lo ha de oír.)* ¿Y qué es ello?

AFAELA. ¡Qué imprudencia!

ILAGROS. Ninguna, señorita. He pasado bastantes horas con la pena dentro del cuerpo. Justo es ya que al repetirla ante ustedes, de quienes lo espero todo, encuentre algún alivio. Oiganme, ¡por favor!

RISTINA. No se esfuerce usted. Ya lo sabremos.

ON JOSÉ. *(A Rafaela.)* Escucha, escucha. Que el saber del dolor ajeno es a veces prevención contra el propio.

ILAGROS. Ante todo permítanme que les diga mi nombre. Me llamo Milagros Ruiz, y soy casada. Pidiendo amparo para mi marido he venido a esta casa, recomendada a su papá.

AFAELA. Es mi tío, aunque yo le considere como mi padre.

ILAGROS. Pues óigame usted e interceda con él para que haga en nuestro favor cuanto yo espero de su caridad.

AFAELA. Descuide usted, señora, que interés no ha de faltarle, y cuente de antemano con que el mío está ya a su servicio.

ILAGROS. Dios sabrá recompensarla todo el bien que nos haga. *(Pausa.)* Constituíamos un matrimonio ejemplar; como no hay muchos. Disponíamos de pocos medios económicos, pero eran bastantes para lo modesto de nuestras aspiraciones. Mi marido desempeñaba el cargo de cajero en un almacén de frutos coloniales. No tuvimos más hijo que éste, y para los tres, con las cuatro mil pesetas de sueldo de Cayetano, teníamos lo preciso para vivir como corresponde a gente tan humilde como nosotros. Mi marido fué siempre un hombre honrado, trabajador y amante de su casa. Todo lo de ella ocupaba un lugar preferente en su atención... Tal vez esto...

ON RAM. *(Mirando a Fermín con cierta sorna.)* La fatalidad, señora.

MILAGROS. Puede ser... Hace algún tiempo, no mucho caí yo enferma con el tifus. Nada faltó en mi casa para atender a mi enfermedad, pero ¡para qué decirles a ustedes que este trastorno arrambló con nuestras reservas, escasas naturalmente, y hubimos de reducirnos más si cabía, en nuestros gastos, procurando que a este pequeño ¡hijo de mi vida! *(Besándole.)*, nada le faltase, ni llegaran a él las privaciones. ¡Por los hijos todo, señorita! No sé cómo su padre pudo olvidarlo. Yo ¡jamás lo olvidaría!

RAFAELA. *(Medio llorando.)* Dice usted bien. Ni yo tampoco, si los tuviera.

DON RAM. *(Aparte.)* Valen más que nosotros. *(A Don José y Fermín.)*

MILAGROS. Y de pronto, porque no acierto a explicarlo de otra manera, mi marido sufrió un cambio en su vida. Dejó de ser puntual en la oficina. Se olvidó de las horas de comida en nuestra casa. Llegaba a ella tarde y con carácter muy variable. Unas veces alegre y satisfecho, pero con alegría nerviosa e intranquila. Otras, malhumorado y huraño. Algunas veces no apareció por ella hasta el amanecer, y todas, todas las noches, yo que le observaba presintiendo algo pavoroso, pude advertir que su sueño se presentaba tardo e inquieto y que las más de las noches sufría pesadillas; pronunciando, entre incoherencias, números, colores y cantidades; ¡¡qué horror!!

CRISTINA. ¡Qué martirio!

RAFAELA. ¡Pobre señora!

MILAGROS. A mis preguntas contestaba con evasivas, con pretextos. Alegaba ocupaciones. Quehaceres de su cargo. Cosas todas que no le habían ocurrido en los doce años de empleado en el almacén; y algunas veces llevaba sobre sí cantidades de cierta importancia, que ya no guar-

daba, como en otros tiempos, cuidadosamente y lleno de temor por si se las robaban. Ahora, los billetes se alojaban sueltos en el bolsillo del pantalón o en el de la americana, como cosas sin valor, porque realmente había llegado a no concederles ninguno. ¡Qué desgracia!

NIÑO. *(Llorando.)* ¡Pobre papá!

DON JOSÉ. ¡Pobre criatura!

MILAGROS. Y llegó el momento terrible. El que yo esperaba. Mi marido había dispuesto de treinta mil pesetas confiadas a su honradez, y a nuestra casa llegó la policía para llevarse al ladrón, y allí quedamos muertos de dolor y en el mayor desamparo el hijo de aquel pobre hombre y la madre de aquel hijo para no *(Llorando.)* dejar de llorar mientras él sufre en una cárcel y nosotros morimos de hambre y vergüenza. *(Abrazándose entre lloros madre e hijo.)*

RAFAELA. ¡Qué horror! ¿Y cómo no se evitan esas cosas? ¿Por qué no se prohibe el juego, papá?

DON JOSÉ. Está prohibido, aunque tolerado. Dicen que hay muchos intereses creados a su alrededor.

MILAGROS. Pero ¡qué privilegio tienen esos intereses ni en qué proporción están con los de las personas honradas que los han de mantener para destruír la tranquilidad de tantas familias! Mi marido era bueno, se lo juro a usted.

DON RAM. Conformes, señora. Algunas veces he pensado que prohibir y tolerar al mismo tiempo, era algo así como colocar en una calle transitada por ciegos un farolillo—la prohibición—indicador de una sima muy honda. Con esto se advierte el peligro y parece que ya se ha cumplido un deber; pero advertirlo, no es evitarlo, porque para los pobres ciegos, mientras no se cierre la calle, el farol como si no existiese, en tanto que la sima va dando buena cuenta de ellos y dejando tras cada uno lo que ustedes ven.

RAFAELA. ¡Eso es cruel e inhumano!

MILAGROS. Dice usted bien. Yo aun diría más... Diría...

CRISTINA. *(A Milagros.)* No se excite usted, señora. Acérquese un poquito aquí, al balcón; que seguramente le hará bien el airecillo que corre. Ven con nosotras, pequeño.

MILAGROS. Muchas gracias, señorita. Es usted muy amable. *(Salen Milagros, Cristina y el niño por la lateral derecha, fingiendo pasar al balcón y desapareciendo casi de la vista del público.)*

FERMÍN. ¡Las mujeres lo ven todo con sus nervios! No hay que tomarlo en heroico. Hay tantas cosas mal hechas, que no conviene alarmarse demasiado.

DON JOSÉ. Usted es un espíritu fuerte, sin duda alguna. Por eso no se explica la indignación de Rafaela. Las mujeres sienten de modo distinto, y entre ellas se entienden mejor que nosotros los hombres.

FERMÍN. No le digo a usted que no.

DON RAM. Sería lo mismo. Hace poco me preguntaba una muchacha, ahijada mía, al pasar frente a un Casino, si todos los socios eran hombres de posición y si el Casino tenía un dueño. Le dije que no. Que los más no disfrutaban de buena posición, pero que el edificio pertenecía a todos. Me dijo entonces que pagarían mucho para costear y sostener un edificio tan suntuoso. Respondí que una miseria, ocho pesetas mensuales, y a bocajarro me enjaretó la pregunta final. Pues entonces, ¿de dónde sale? De lo que juegan y pierden, repuse. Se tapó la cara horrorizada y yo adiviné que decía para sus adentros: ¡qué malos sois, cuando con las lágrimas y miserias de unos construís los otros palacios para el ocio y viveros para el vicio! Creo que tenía razón. ¿No opinan ustedes lo mismo?

FERMÍN. Yo, por lo menos y en absoluto, no, señor. La

riqueza y engrandecimiento de unos ha de traer fatalmente el empobrecimiento de otros. Todo el que negocia, trata de sorprender a otro, o por lo menos, de aprovecharse de su necesidad, y lo explota para beneficiarse, sin que le detenga la desventaja en que se halla el necesitado o el estado económico a que pueda reducirle la operación. El sentimiento en estos aspectos de la vida es una cosa ridícula.

DON RAM. Entonces el toque está, a su entender, en saber elegir posición, para desde ella defenderse con ventaja, sin que al lograrlo con perjuicio ajeno su conciencia se altere ni tenga, a juicio de usted, por qué alterarse.

FERMÍN. Indudablemente. Lo demás son sensiblerías.

RAFAELA. Patrimonio exclusivo de nosotras, que hemos de sentir y llorar como esa señora la ceguera digna de compasión de unos y la dureza de alma de otros.

DON JOSÉ. *(A Rafaela.)* Ya me oíste anteriormente asegurar que Fermín es un espíritu fuerte, que razona sin permitir intervenciones al corazón. *(A Fermín.)* Para usted debe ser el triunfo en la vida, si la fatalidad, como decía usted momentos antes, no tiene dispuesto otra cosa.

FERMÍN. Estará escrito. ¡Resignación!

MILAGROS. *(Volviendo del balcón, seguida de Cristina y el niño. A Don José.)* Se me olvidó anteriormente, y ustedes perdonen, enseñarle esto que he encontrado entre las cosas que guardaba mi marido. *(Saca una ficha igual a la que cayó del bolsillo de Fermín.)* Lo hallé en un bolsillo del traje que para los días festivos usaba. Presumo que debe ser algo relacionado con su género de vida; de su mala vida.

CRISTINA. *(Fijándose en ello.)* ¡Eso es una chapa de guardarropa! He visto yo otra igualita.

RAFAELA. *(Tomándolo en su mano y mostrándolo a Don*

*Ramón, Don José y Fermín.)* Sí; es una chapa de las que entregan en los guardarropas.

DON JOSÉ. No, hija mía. Esto es una ficha de las usadas en las mesas de juego. Vale cien pesetas.

CRISTINA. *(Con viveza a Fermín.)* Fermín, ¿no decía usted que...

RAFAELA. *(Interrumpiéndola con gran diligencia y brusquedad, a la vez que con la mano tapa la boca de Cristina.)* ¡Calla!

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

# ACTO SEGUNDO

n lugar cualquiera del Parque del Oeste, en Madrid.—En el aseo o plazoleta deben aparecer dos o tres bancos, practicables, : los corrientes en esta clase de lugares para el servicio público. l levantarse el telón aparecen, sentado en un banco y leyendo 1 voz alta un periódico, DON LEOPOLDO, hombre viejo que usa afas y por su indumento representa a un individuo pertenente a la clase media, y ANTÓN, guarda del Parque, también viejo, que escucha en pie la lectura del diario.

## ESCENA PRIMERA

DON LEOPOLDO y ANTÓN.

DON LEO. *(Leyendo el "A B C".)* "El país comienza a sentir una febril inquietud por salir del laberinto en el que van a perderse todas las posibles soluciones del problema nacional. Con las Cortes abiertas, todo se estanca, todo se diluye en discursos y a nada práctico se llega." *(Interrumpe la lectura para limpiar sus gafas.)*

ANTÓN. Esa es la fija. Porque, dígame usté, don Leopoldo, ¿qué adelantamos con que cuatro loritos nos digan *un porción* de cosas, muy bien dichas, si después tó se queda en *parlarrea?*

DON LEO. ¿En qué ha dicho usted?

ANTÓN. En *parlarrea.* Se lo he oído a un señor que viene por aquí casi todos los días y echamos nuestros párrafos. Es un señor que piensa *lo suyo,* no vaya usté a creer.

DON LEO. Ya me supongo que será lo suyo lo que piensa.

ANTÓN. Y es lo que yo me digo. El cielo está lleno de buenas intenciones; lo que hacen falta son obras, actos, cosas verdad, como en los toros. Ahí tiene usté lo que ha ocurrido en Italia. Los

de la camisa negra se han liao la manta a la cabeza y han ido al copo. ¿Qué me dice usté de eso?

DON LEO. Que veo que se entera usted de lo que pasa fuera de aquí.

ANTÓN. Como que si bien se mira, tó está enlazao. Y aquí llegará un día en que los de la camisa más o menos negra, ¡cualquiera!, ¡vaya usté a saber!, se hartan de que los traten como a pollinos y entonces va a ser ella, ¡porque eso tiene que llegar, Don Leopoldo! Yo lo veo venir.

DON LEO. Puede que tenga usted razón, pero me parece que no lo vamos a ver ni usted ni yo. Eso va para largo. ¡Cuando ya no ha ocurrido! Malo.

ANTÓN. Mire usté; de eso no se puede uno fiar. Los hombres tenemos cosas muy raras. Unas veces por menos de ná se lía uno a palos con su sombra, y otras le dicen a uno perro judío y se hace el sueco, y en una de éstas, cuando menos lo esperan, se arma una de *leña* que hasta los árboles *sacuden.*

DON LEO. Las revoluciones las hacen las mujeres.

ANTÓN. ¡Hombre! ¡Claro! Ya se sabe. Donde esté una mujer, revolución; pero esta que yo barrunto es de bachilleres pa arriba.

DON LEO. Le engaña a usted su buen deseo. Aquí no pasa nada. Este es el país del camelo.

ANTÓN. No se fíe usté mucho, por si acaso. Mire usté. Yo tuve un amigo que el pobre está ahí arriba, "en la Modelo".

DON LEO. Bien relacionado está usted, Antón.

ANTÓN. Una desgracia cualquiera la tiene, y mi amigo la tuvo. Era un buen hombre, con un carácter mu apagao. Parecía que no se iba a enfadar por na. En fin, con decirle a usté que su mujer decía que era un infeliz, ya pué usté figurarse; porque cuando una mujer dice de su marido que es un infeliz es que no le pué decir na

peor. ¿En esto estará usté de acordes conmigo?

DON LEO. ¡Vaya si lo estoy!

ANTÓN. Pues la muy perra, creyéndose que él era una lila, le ofendió. Le ofendió como... ¿cómo le diré a usted?, como si ella fuese un décimo y lo llevaran entre varios, ¿me entiende usté?

DON LEO. A la perfección.

ANTÓN. El parecía como que no sabía nada; pero pa mí que estaba muy bronco. Y un día, cuando menos se podía esperar, llega a casa y por si la sopa está más o menos caldosa, se mete en una ensalá de palos que dejó aquella mujer como pa echarla la arpillera. ¿Qué cree usté que pensé yo?

DON LEO. No lo sé.

ANTÓN. Pues que lo del caldo de la sopa fué un pretexto y que aquella paliza se la tenía dedicada desde hacía tiempo.

DON LEO. Puede ser.

ANTÓN. Delo usté por seguro; lo que ocurrió es que llegó el momento malo, ese de pegarse uno con su sombra; se fué a casa, quiso comer, y al tomar la primera cuchará dijo: *¡Encima* seca la sopa! Pues ahora verás... y en la cárcel lo tiene usté.

DON LEO. Triste final.

ANTÓN. Pues un día cualquiera, porque si este partido tiene un credo y el otro una salve, y éstos hablan de esencias y los otros de porquerías, ¡cataplún!, se arma la gorda y después, ¡quién lo había de decir!

DON LEO. Lo peor es que acabemos en la cárcel, como su amigo.

ANTÓN. ¡Eso faltaba!

DON LEO. Pues todo pudiera ocurrir. *(Se levanta, dobla el periódico, guarda las gafas y se queda mirando fijamente por lateral derecha)* Allí *(Señalando el sitio que mira.)*, me parece que se están tomando los dichos.

ANTÓN. *(Mirando.)* ¡Toma! ¡Ya verá usté qué mal les sienta en cuanto vayamos de testigos! ¡Mala peste! *(Salen ambos por lateral derecha.)*

## ESCENA II

DON RAMÓN y ANTÓN.

(Sale por la lateral izquierda. Mira a su alrededor algún tiempo, y al divisar a ANTÓN se detiene, llamándole.)

DON RAM. ¡Antón!...' ¡Antón!... ¡Pero dónde estará este hombre! ¡Ah! Allí le veo... ¡Antón!

ANTÓN. *(Al poco tiempo.)* Buenas, Don Ramón. Ahí me tenía usté liao con unos amorosos. El cuento de toos los días y a toas horas. Yo no he visto nunca frescura como la de esta gente, por menos de ná, boda.

DON RAM. El sol, el campo y la juventud, Antón. La naturaleza prodigiosa que despierta.

ANTÓN. ¡Ca! No lo crea usted. El que los despierta soy yo, "pero a palos en cuanto se descuiden", porque lo de multas y detenciones va pa largo, y luego siempre hay las recomendaciones y tó perdío.

DON RAM. ¿No vió usted a la señorita?

ANTÓN. Aun no debe haber venido.

DON RAM. ¿Estuvo usted por aquí, Antón?

ANTÓN. Por aquí estuve hasta este momento en que me fuí pa allá con Don Leopoldo. Mírele usté, allí está todavía. ¡Claro! ¡Como que es pa quedarse parao! ¡Pero qué frescos!

DON RAM. *(Con malicia.)* Sí, sí, frescos... Voy a saludar a Don Leopoldo. *(Hacen mutis por lateral derecha.)*

## ESCENA III

LUIS y ALBERTO.

(Tipos achulados y de mala catadura. Pasa LUIS por el fondo de la escena, viniendo a ella por lateral izquierda, seguido a muy poca distancia por ALBERTO, y ambos, después de las frases que se les señalan a cada uno de ellos, a continuación, salen, en el momento acotado, por lateral derecha. La actitud de uno y otro es la que corresponde a dos individuos que vienen observando a alguien que marcha impensadamente detrás, y quieren observar a ese alguien sin ser vistos, y si esto no es posible, que no repare en ellos y su vigilancia.)

LUIS. *(Hablando a Alberto, sin darle la cara, sino totalmente de espaldas a él, parado y mirando a las nubes.)* Agáchate, Alberto, como si fueras a atarte el zapato y *fila* el camino que toman.

ALBERTO. *(Haciendo lo indicado por Luis, finge atarse la bota o el zapato y habla a su vez como si conversase con la tierra.)* ¡Vienen para acá, Luis; y me parece que vienen de bronca!

LUIS. Sígueme, que ya veremos dónde paran; pué que sea aquí mismo.

ALBERTO. Pa mí que sí. ¡Hale! *(Sale Luis, seguido de Alberto, que antes de abandonar la escena vuelve la cara mirando ya resueltamente un solo momento a lateral izquierda. Mutis.)*

## ESCENA IV

(RAFAELA y FERMÍN, seguidos de la MISS, que inevitablemente lleva un libro o periódicos para entregarse a la lectura, mientras RAFAELA y FERMÍN dialogan. Se sientan ambos silenciosamente en un banco, en tanto que la MISS hace lo propio en otro, entregándose a la lectura. Pausa.)

FERMÍN. *(Preocupado y con signos de mal humor.)* Créeme. No obstante tus explicaciones, encuentro tu actitud para conmigo exageradamente severa. Yo comprendo hasta dónde llega mi delito, mi falta, más bien, pero creo adivinar que influencias ajenas a tu corazón trabajan contra mí. ¿Vas a negarme esto?

RAFAELA. Que niegue o afirme, es igual, Fermín. Con in-

fluencias o sin ellas yo sé lo que fatalmente había de saber. Lo extraño es que tú, hombre que puede legítimamente creerse avisado y conocedor de la vida, pretendiese, no sé cómo ni por qué, que permaneciese oculto lo que no se puede ocultar por mucho tiempo. Eso era una pretensión absurda.

FERMÍN. Absurdo es todo lo que sucede. Tu casa se ha cerrado por siempre para mí. Nadie, sino tú misma, lo ha decidido. Tu tío y los íntimos de tu casa me tratan con la cordialidad de siempre. Dudo de ellos y trato de observarlos escrupulosamente, sin que mis observaciones den el menor resultado. Todos parece que obedecen a un plan concebido para apartarme de ti, sin que yo pueda decirles cuándo y cómo trabajan en contra mía. Esto es un hecho real.

RAFAELA. Repito que con nadie he hablado ni nadie tampoco se ha concertado conmigo para ir en contra tuya. Yo, por sentimiento, no puedo hacerlo. A los demás no les interesas.

FERMÍN. Tú, ¿por sentimiento has dicho? ¡Poco menos que por compasión!

RAFAELA. Suprime el poco menos y estarás más cerca de la realidad. Compasión, a secas, porque creo que eso es lo que mereces. Si tu orgullo o soberbia se rebelan contra esta palabra, examina a solas tu conciencia, repara en tu vida y comprenderás que no a otra cosa tienes derecho.

FERMÍN. *(Irónicamente.)* Y tú, bajo la influencia del austero bufete de tu tío, me concedes "lo que ha lugar en derecho". Debí pedírtelo en papel de oficio. ¿No es así?

RAFAELA. Pudiste obtenerlo todo sin apenas pedirlo: con desearlo por encima de todas las cosas; con corresponder a mi cariño como él lo ambicionaba; con vivir para mí como para ti vivía yo.

FERMÍN. Y ¿cuándo dejé de hacerlo?

RAFAELA. Resulta ridículo que pretendas nuevamente

mentir un afecto que jamás has sentido. Hay en mis labios, al pensar en tus intenciones para conmigo, una palabra que pugna por escaparse, si no la detuviese la vergüenza.

FERMÍN. Nada puede ya sorprenderme, Rafaela. Nada debes ocultarme. Si el oírte pronunciar contra mí las más crueles abominaciones es mi penitencia, no me ahorres nada. Habla. No te contengas.

RAFAELA. Sería crueldad. Conmigo misma puedo ejercerla; contigo, no. ¡Eres muy desgraciado!

FERMÍN. Mira, Rafaela. *(Cogiéndole las manos.)* Cuando una mujer compadece a un hombre, si antes le ha querido, al compadecerlo, aun queda algo de aquel cariño. Si aun no le quiso, está en camino de quererlo. Tú me quieres a mí, y aunque me digas mil veces que no, seguiré pensando que te engañas o quieres engañarme, porque la verdad es la que acabo de decirte.

RAFAELA. Inconvenientes de tu añeja insinceridad. Es inútil tu esfuerzo. Bastaban antes la mitad de esas palabras para que yo creyese que mi felicidad a tu lado era cosa descontada. Hoy sólo veo ardides en tus explicaciones. Perdí la confianza. Lo perdimos todo.

FERMÍN. ¿Sin posibilidad de recobrar nada?

RAFAELA. ¿Y cómo?

FERMÍN. Con mi confesión, aunque ella equivalga a renunciar a ti para siempre. Escucha.

RAFAELA. Habla.

FERMÍN. Nada he de decirte de mi familia. Escasos parientes me quedan, y esos lejos de mí. No quiero culpar a nadie porque sería una cobardía que a los míos culpase de lo que solo hice. Refiero hechos. Enjuicia tú mentalmente, pero desecha recelos, porque yo te prometo que, después de oírme, podrás asegurar que nunca escuchaste más clara la voz de la verdad. Oyeme bien.

RAFAELA. *(Con interés.)* Habla. Habla.

FERMÍN. Fuí hijo único de padres linajudos y pudientes, como tú sabes. Jamás mientras ellos vivieron conocí la más pequeña privación del capricho más insignificante. Mi porvenir lo creían asegurado y tenían razón para creerlo, si a lo económico nada más se ha de atender. Estudié una carrera de ejercicio libre por tener algo más. Para que nada me faltase. Fuí mal estudiante, no por torpe, sino por vago, y con influencias y en distintas Universidades obtuve un título. ¿Para qué? No lo sé. Ni nadie se preocupó de ello.

RAFAELA. Tú debiste hacerlo.

FERMÍN. No lo hice, ni tampoco, repito, nadie me lo advirtió. Viví en un mundo formado a mi antojo, y sufrí el dolor de la desaparición de los míos, con la sorpresa del que pierde algo que existía para allanarle todos los caminos y colmarle de caricias; caricias que yo recibía como cosa obligada y sin darles todo su inmenso valor porque no las podía contrastar con un mal gesto, una reprimenda, nada, en fin, que se opusiese a mi voluntad virgen.

RAFAELA. Todos los padres hacen casi igual...

FERMÍN. Comprendo tus disculpas y aplícamelas, porque yo soy quien debe solicitarlas por irreverente.

RAFAELA. No. Eso, no. *(Pausa.)*

FERMÍN. A la muerte de ellos dispuse de una fortuna. Con ella hubiera podido, por larga que fuese mi vida, llevarla espléndidamente, y el despilfarro, los vicios y el ocio la pusieron fuera de mis manos para nunca más volver. Todo cuanto un hombre apetezca, dentro de límites racionales, puede satisfacerse con un gran capital, pero hay una enfermedad que nadie ha catalogado, para la que no basta ninguna fortuna por crecida que ella sea.

RAFAELA. Y ¿esa enfermedad es...?

FERMÍN. El juego. *(Con tristeza.)*

RAFAELA. ¿No habrá al calificarlo tú de enfermedad un afán sincero de cómoda disculpa?

FERMÍN. Tal vez, y sin darme cuenta incurra en exageración o atrevimiento. Puedo asegurarte, sin embargo, que en mis atribuladas reflexiones he llegado a esa única conclusión.

RAFAELA. Eso, no obstante...

FERMÍN. *(Interrumpiéndola.)* Yo me he observado, y en la época de mis bienes para nada necesitaba ni me era preciso el dinero que iba a buscar en el tapete. Yo he formado propósitos, que siempre han quedado incumplidos. Yo he pretendido hurtarme a la tentación, y como el beodo a quien embriaga el ambiente de la taberna, apenas me hallaba en la proximidad de un lugar en que mi pasión pudiera satisfacerse, allí me encaminaba, lleno de febril impaciencia, sin que a impedirlo bastasen ni reflexiones ni avisos. Yo iba porque algo superior a mí mismo me lo ordenaba. ¿Era abulia? Enfermedad. ¿Desequilibrio? ¿Amoralidad? ¿Incontinencia? ¿Apetito inmoderado de bienes por fácil adquisición? No lo sé.

RAFAELA. ¡Locura!

FERMÍN. Justamente. Ya en la pendiente resbaladiza, locura ha sido mi vida. Y hoy, ni sé cómo, ni adónde voy, ni quisiera en modo alguno que tu limpia vida se una a la mía. Sólo deseo poder recordarte, como se recuerdan los sueños felices tras las noches atormentadas. ¿Crees ahora en mi cariño?

RAFAELA. ¡Pobre Fermín! *(Llorando.)*

FERMÍN. *(Sollozando y tapándose la cara con las manos.)* ¡Pobre, sí!

RAFAELA. *(Animándole cariñosamente.)* Entiende mi compasión. Tú mismo la explicaste anteriormente. Compadecer es comprender, y si el que comprende ama al mismo tiempo, nada más fá-

cil ni mejor empleado que su cariño para lograr la redención del que la necesita.

FERMÍN. No sé si tengo derecho a la compasión. Hace falta tu alma grande de mujer para encontrar una palabra piadosa, después de mi confesión. ¡Qué buena eres, Rafaela!

RAFAELA. Confesar nuestras faltas, reconocer nuestros errores, es poner pie en el camino de la enmienda. Así me lo enseñaron de muy niña. Pobres es el razonamiento, si yo lo expongo, pero si consigo sugerirte mi convicción, con la fe que ella lleva, puedo esperar de su eficacia.

FERMÍN. ¡Enmienda! ¡Rectificación! ¡Buenos propósitos! ¡¡Qué tarde ya!!... Y ¿para qué? ¿Qué puedo esperar? Mientras una remota esperanza nos hace concebir un porvenir mejor, aunque sea inmerecido, aun hay ánimos dentro de nuestra flaqueza para esperar luchando contra nuestro más cruel enemigo: contra uno mismo. Cuando esa remota esperanza se fundió en el fuego de nuestra imperfección, no nos queda más recurso que dar a la tierra lo que le pertenece, nuestra materia *(Con exaltación.)*, hoy, mañana, cuanto antes mejor, y dejar que nuestro espíritu rinda cuentas ante quien puede estimarlas para resolverlas en Suprema Justicia.

RAFAELA. *(Asustada.)* ¡Qué horror! Los desesperados son seres faltos de razón y de valor. Las mujeres no podemos amar ni a los locos ni a los cobardes. Yo no encuentro razones que pudieran servirme en este caso, pero hay dentro de mí una tan elocuente, que a falta de otra expresión sólo sabe decirte: "Fermín, yo te espero".

FERMÍN. *(Tristemente.)* ¿Y para qué? ¿Qué puedo yo ofrecerte? Mi pasado borrascoso; mi presente inútil y comprometido. Cuando la ambición y el cálculo me acercaron a ti con la frialdad re-

pugnante del especulador, no supe ver más que la liberación, probablemente temporal, de una situación angustiosa económicamente. ¡Quién se detenía ante escrúpulos de orden subjetivo! Hoy no es posible. He tenido el valor de analizarme ante ti, cuya bondad y virtud obraron el milagro. ¡Tal vez tu generosidad esta mañana; el sol; el lugar en que nos hallamos, ¡qué sé yo!

RAFAELA. No, Fermín, no. Dios tocó en tu corazón. Yo estoy segura de que al fin conseguiré lo que más anhelo. Serás quien yo soñé que fueras. De ti depende.

FERMÍN. *(Esperanzado.)* ¿Tú me ayudarás? ¿Tú sabrás esperarme? ¿Tú conseguirás llevar al ánimo de los tuyos la convicción de tu esperanza?

RAFAELA. Espéralo todo de mí, como yo de ti lo espero. Si alguno desmaya en el propósito, si uno de los dos deja de perseverar en él, puedo asegurarte que no seré yo. Lo demás es cuenta tuya.

FERMÍN. *(Trata de besarla las manos.)* ¡¡¡Rafaela!!!

RAFAELA. ¡Cuidado, por Dios!

## ESCENA V

DICHOS, LUIS y ALBERTO.

(Sorprenden a los anteriores, presentándose por último término de lateral derecha, o sea por donde salieron de la escena III.)

LUIS. Con permiso de la señora, tengo que hablar con usted, Don Fermín.

FERMÍN. Señorita. En cualquier lugar y mejor ocasión que ésta podrá usted hablarme. El momento no tiene nada de oportuno...

LUIS. Eso le parecerá a usted, pero a mí que le he buscado desde hace bastantes días, me parece otra cosa.

FERMÍN. No le entiendo a usted.

LUIS. Pues si usted quiere se lo explicaré. A eso he venido. ¿No te parece, Alberto?

ALBERTO. Eso creo yo.

FERMÍN. De todas maneras, permítanme ustedes que acompañe a estas señoritas hasta el coche, que está en el paseo, y en seguida hablaremos de lo que ustedes quieran. *(Hace intención de romper el grupo, uniéndose a Rafaela y a la Miss, separándose los tres de Luis y Alberto y oponiéndose éstos a lo que intentan Fermín y las señoras.)*

LUIS. *(Con chulería.)* ¡Que no es por ahí! A mí me oye usté delante de esta señorita y de esa otra señorita. Yo vengo a darle a usté un mitin y necesito público. ¿Pero has visto qué cosas se le ocurren a este hombre para escurrirse? *(A Alberto.)*

ALBERTO. *(Con burla.)* ¡Es diabólico!

FERMÍN. ¿No pretenderán ustedes obligarme a un escándalo?

LUIS. Pero ¿quién lo iba a dar? ¿Usté? Tendría gracia. Los tramposos no hacen más que lo que iba usté a hacer antes, si le dejamos: escaparse; y pa una vez que le echo a usté la vista encima, no lo va usté a conseguir como no sea mago o cosa así.

FERMÍN. Respete usted al menos a quien nos escucha. Hágame el favor. *(Tratando de separarse nuevamente.)*

LUIS. Esta señorita tiene que saber qué clase de hombre le acompaña.

FERMÍN. Conseguirá usted que yo también me olvide de todo.

ALBERTO. Eso no le cuesta a usté trabajo; y por eso hemos venío. A que recuerde y pague si es que pué ser.

LUIS. Puede que pueda. Tú verás. *(A Rafaela.)* Es un fresco, señorita; y por si no sabe usté

lo que eso quiere decir, le hablaré más claro. *(Alzando la voz.)* ¡Un sinvergüenza! ¡Un cualquier cosa! *(Fermín trata de arrojarse furiosamente sobre Luis, impidiéndolo Alberto, que le sujeta violentamente.)*

MISS. *(Sin gritar mucho.)* ¡Socogo! ¡Socogo!

RAFAELA. *(A la Miss.)* ¡No grite usted! *(Intenta poner paz ansiosamente, en actitud de súplica a todos.)*

FERMÍN. *(Lleno de rabia y tratando de desasirse, sin conseguirlo, de Alberto, más que pronunciar, escupe frenético de ira las palabras.)* ¡Es usted el más cobarde de los hombres! ¡El más ruin! ¡El más canalla!

RAFAELA. ¡Yo les pido, por Dios! Yo les ruego...

FERMÍN. *(Más furioso aún.)* ¡Rogar tú a esta gentuza!

LUIS. Usté se calmará por buenas o por malas, como usté quiera, y usté me oirá, señorita, na más que pa que conozca usté bien...

## ESCENA VI

(DICHOS y DON RAMÓN (que aparece en escena, donde ha estado escuchando el último párrafo de Luis, sin que los demás personajes se den cuenta de ello) cogiendo del hombro a LUIS y dándole violentamente media vuelta para encarárselo, a la vez que, sorprendido ALBERTO, suelta a FERMÍN.)

DON RAM. Esta señorita no tiene que conocer nada ni a nadie por conducto de usted. El coche os espera. *(A Rafaela y a la Miss, que vacilan, accediendo a la orden de Don Ramón ante la reiteración, por gestos, de su mandato. Salen ambas por lateral izquierda.)*

LUIS. Caballero. No sé quién es usté ni por qué se mete en este asunto.

DON RAM. Ahora que estamos entre hombres, me lo pregunta usted y yo le contestaré si quiero.

FERMÍN. Déjeme usted, Don Ramón. Yo me entenderé con ellos.

ALBERTO. Pues ya que interviene el señor, va a ser cosa de que yo también tome parte.

DON RAM. Desde luego. A eso venía usted. A mí me coge casi de sorpresa; y digo casi, porque hace ya un rato que les he visto a ustedes de acecho y he querido yo también acechar. De donde resulta que ahora estamos todos prevenidos y tal vez alguien más, sin que yo lo considere muy preciso, porque somos cuatro y muy razonables todos. ¿No les parece a ustedes?

LUIS. El señor es el que tiene que ser como es debido, porque nosotros no venimos más que por lo nuestro, por lo que nos corresponde.

DON RAM. Eso está muy bien para que se lo cuente usted al señor y él le responda lo que crea conveniente. Pero que se lo tenga usted que contar y a la fuerza a una señorita, que ni tiene, ni ha tenido, ni tendrá nunca ningún asunto con usted, me parece un atraco, y ustedes podrán parecer cualquier cosa, pero atracadores, no.

LUIS. Mire usted, caballero, cuando usté viene aquí será por algo. ¿No te parece, Alberto?

ALBERTO. Natural.

LUIS. Yo no sé si usté es de la Poli o no lo es. Yo soy un hombre honrado que defiende su "cocido" y, por tanto, nada tengo que temer de la Policía.

FERMÍN. Pues si no la teme usted, no la nombre.

DON RAM. La verdad que acordarse de ello ahora es un poco raro. Lo que pretendía usted hacer daba motivo para que interviniera la Policía. Pero lo de su cocido de usted es algo que merece atención, y nada más. Encárguelo usted así en su casa.

LUIS. Le quise decir a usted que este señor, Don Fermín, hace más de seis meses que firmó una letra para pagarme un dinero que yo le busqué.

FERMÍN. Le dije a usted la última vez que hablamos del asunto que en cuanto dispusiera de la cantidad le pagaría.

ALBERTO. Va usted a tener que pagar a muchos y tal vez no pueda.

DON RAM. Eso no lo sabe usted.

LUIS. Hasta ahora tenemos motivos para dudarlo.

DON RAM. Es que aquí su socio lo asegura.

ALBERTO. Amigo nada más.

FERMÍN. Son del oficio. Trabajan el préstamo.

DON RAM. Mucho gusto en conocerlos. *(Saludándolos burlonamente.)* Yo también intervengo en eso; pero como abogado, y para impedir la usura.

LUIS. Aquí..., vamos, conmigo, lo convenido, y nada más. No crea usted que al señor *(Señalando a Fermín.)* se le lleva el aire.

DON RAM. No lo permitirían ustedes. De llevárselo alguien, ¿quién con más derecho que ustedes mismos?

FERMÍN. Prometo, una vez más, pagarles lo convenido y recoger mi compromiso con uno y otro.

LUIS. Por haber creído en sus palabras no he conseguido desde hace algún tiempo ni mi dinero ni echarle hasta hoy la vista encima, y eso que alguna vez me he pasado esperándole en el Casino desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana.

DON RAM. Esa es la hora del barrido..

LUIS. Dígamelo usté a mí, que bien me he enterao.

FERMÍN. Con prolongar esta conversación no vamos a resolver de momento. Ya saben ustedes a qué atenerse, en la seguridad de que no busco treguas, y sí sólo la ocasión de liquidar para permitirme el gusto de pagarles y cobrarme yo también.

ALBERTO. Las dos cosas me parecen dos chirigotas.

FERMÍN. Yo le demostraré a usted que si durante algún tiempo he olvidado lo que me correspondía, por nombre y educación, eso terminó ya, y pagaré y cobraré.

LUIS. De donde resulta que encima nos quiere usté pegar.

DON RAM. *(Con sorna.)* Entienda usted bien. *Pagar.*

LUIS. Es que eso no sería más que lo justo.

ALBERTO. Digo yo.

DON RAM. Cuente usted con ello. Con lo justo, nada más, y como se dice en el lenguaje de ustedes: ¡Y por las buenas!

LUIS. Es decir, que...

DON RAM. Es decir, que el señor, por mi conducto, pagará a ustedes la cantidad exacta que de ustedes ha recibido, contra la entrega de los compromisos, aunque en ellos figuren ustedes otra cantidad superior.

ALBERTO. ¡Pues vaya un negocio más especial!

DON RAM. En eso consiste mi especialidad. Yo hago insolventes a los deudores apretados por la usura, y ésta, después, se siente generosa y regala *todo lo que no entregó.* ¿Ustedes no han tomado nunca el tranvía?

ALBERTO. Sí, señor. Muchas veces. ¿Qué quiere usted decir?

DON RAM. Pues bien. Recuerden ustedes las veces que han calculado llegar a un punto determinado en un tiempo razonable; pero a mitad del trayecto se corta la corriente, y ustedes, si tienen prisa, se apean, después de haber pagado, y van andando. Que no se apean ustedes, llegan más tarde de lo que esperaban, y a veces ya no tiene objeto el llegar. Algo de eso ocurre con este asunto: *se cortó la corriente;* ustedes se apean, y, aunque algo más tarde, llegan y cobran, habiendo perdido la cantidad pagada al cobrador. En este caso, los intereses que pensaban cobrar. ¿Les conviene? Bien. ¿Que no les conviene? Siguen en el tranvía, o esperando, que para el caso es igual, y, como a Don Fermín no le favorezca la Lotería, que *creo que es a lo único que no juega,* no cobran ni ustedes ni ninguno que haga el papel de monosabio, echando el ca-

ballo de la necesidad sobre los cuernos de la usura. ¿Me han entendido?

LUIS. *(A Alberto.)* A este tío no le *jamo* yo. Estoy *mosca.*

ALBERTO. *(A Luis.)* Del lobo un pelo. ¡Hocica... tú!

DON RAM. Pónganse de acuerdo, si quieren, porque como dijo Don Fermín antes, nada ha de resolverse en este momento, y él, ya habrán visto ustedes que con su silencio aprueba lo que yo haga. ¿No es así, Fermín?

FERMÍN. Lo que usted haga. ¡Cómo no!...

LUIS. Pues nosotros...

DON RAM. Sí, hombre. Comprendido. Harán ustedes como que lo piensan. Se enterarán de quién soy yo, y al final, si les dejo, tratarán ustedes de contarme una historia por si pueden sacar algo más. No pierdan el tiempo. Ahí va mi nombre *(Dándoles una tarjeta.)*, y mañana me encontrarán en mi casa de cuatro a seis.

ALBERTO. Pues entonces mañana le diremos a usted lo que podemos hacer.

DON RAM. Una de las cosas que pueden hacer, pero que yo les aconsejo que no hagan, es avisar a algún otro acreedor. No recibo ni pago a nadie más.

LUIS. *(Aparte.)* ¡Vaya un gachó!

ALBERTO. *(Guiñando un ojo a Luis para invitarle a salir.)* Buenas tardes.

DON RAM. Oigan. Si encuentran a la señorita que antes estuvo aquí, no la saluden. Lo haremos nosotros.

LUIS. *(A Alberto. Saliendo ambos.)* ¡Cuando te digo que a este tío no lo *jamo* yo!

## ESCENA VII

FERMÍN y DON RAMÓN.

FERMÍN. ¿Qué se propone usted, Don Ramón?

DON RAM. ¡Extraña pregunta! Lo que usted ha oído, y nada más!

FERMÍN. Es que yo no sé ni cómo he de pagarle ni cómo agradecerle cuanto por mí hace. Si le he de decir la verdad, no alcanzo a comprender su actitud.

DON RAM. En cuanto a lo primero, lo de pagarme, tampoco yo lo sé. Lo segundo no tiene importancia.

FERMÍN. Porque usted no se la concede.

DON RAM Pues siendo así, como si no la tuviera. Las largas peregrinaciones hacen, según dijo Cervantes, a los hombres discretos.

FERMÍN. Es que es mucho ya el dinero que me ha prestado usted, y todo él sin el menor documento ni la más ligera formalidad.

DON RAM. Pues ¿cómo quería usted que se lo prestase? ¿Como esos individuos? Para formalidad basta con la mía al prestárselo. Y dejemos lo del dinero... Tome usted un pitillo, siéntese y hablemos de algo verdaderamente serio. *(Se sientan ambos en el banco.)*

FERMÍN. Usted dirá.

DON RAM. Yo soy hombre, como usted habrá podido observar, que detesto las reconvenciones.

FERMÍN. Es que las merezco, Don Ramón.

DON RAM. Aunque así sea. No quiero quebrantar con usted una norma de mi conducta, y, por tanto, sólo he de hacerle algunas preguntas. ¿Qué se propone usted con el género de vida que lleva? ¿A qué aspira? ¿Qué espera usted?

FERMÍN. Le va a sorprender a usted mi respuesta. *(Pausa.)* No lo sé.

DON RAM. No sólo no me sorprende, sino que la esperaba.

FERMÍN. ¡Cómo!... *(Con extrañeza.)*

DON RAM. La esperaba, porque no tiene otra contestación si se ha de responder con sinceridad, como usted lo ha hecho.

FERMÍN. Puede usted asegurarlo.

DON RAM. Desde luego. El caso del Petit Soucrier en Francia tiene la explicación de ser el individuo amenazado de muerte por enfermedad incurable, que aprovecha hasta los últimos instantes de su vida para disfrutar glotonamente cuanto hay en ella de apetitoso; pero usted goza de buena salud, no dispone de millones, ni siquiera de miles, como no sea en el pasivo, y vive a la sombra de su nombre y unas cuantas relaciones.

FERMÍN. Esa es mi situación.

DON RAM. Esa es. Y, sin embargo, la obscuridad que le rodea no es total. Un rayo de luz, blanca y potente, aparece ante usted, y en este caso, cumpliéndose la ley que regula el fenómeno de la luz, hace que ésta ilumine igualmente el fastuoso palacio que la sórdida covacha. Es obra divina, que, por serlo, no admite distingos ni establece desigualdades.

FERMÍN. Quiere usted decir que...

DON RAM. Digo que el amor de Rafaela es la luz a que me refería anteriormente, porque, a semejanza de ella, iluminó la covacha. Son misterios de la predilección, que, como no les encuentro explicación, los acato sin discutirlos.

FERMÍN. Verdaderamente. Ni yo merezco a Rafaela ni he sabido siquiera aparentarlo.

DON RAM. Deseche usted la idea del valor de las apariencias.

FERMÍN. Es que yo debo renunciar a ella. Esto es lo honrado.

DON RAM. ¿Y por qué no renunciar a algo que vale menos que ella?

FERMÍN. Comprendo lo que quiere usted decir, pero eso

ya no bastaría. Es largo el pasado y lleno de errores. ¿Qué remedio hay para eso?

DON RAM. El porvenir.

FERMÍN. ¿Quién lo asegura?

DON RAM. Su propósito, su egoísmo y el amor de esa mujer.

FERMÍN. Mucho es, pero llega tarde, Don Ramón. Jamás, y en los momentos más difíciles para mí, llegué a embrollarme de tal modo como lo estoy esta mañana. Nunca he tenido una percepción tan inquietante de mi vida como la que hoy tengo. Yo, así no puedo continuar. Y si esto ha de tener un desenlace, vale más salir a su encuentro y acabar de una vez. Esto es ya para mí la obsesión del único remedio.

DON RAM. Creo que sería usted capaz de hacerlo, como remate de todas sus locuras, si yo no lo impidiera con mis razones. Aun está usted en condiciones de atenderlas y seguirlas. *(Cambiando de tono, levantándose y cogiendo del brazo a Fermín.)* Sígame usted ahora, porque aún es mucho lo que tenemos que hablar, y para aquí viene gente; a mí no me gustan los testigos, y alguno de éstos trae ganas de sentarse, por lo que veo.

FERMÍN. *(Levantándose.)* Vamos donde usted quiera. *(Salen por la lateral derecha cogidos del brazo.)*

## ESCENA VIII

SEVERIANA y PACO.

(El es croupier de oficio. Ella es prestamista, cuarentona y más chula que él, si cabe. Entran por lateral izquierda; él, primero, aunque apenas distanciado de SEVERIANA, que le sigue con señales de fatiga. Es preferible, a los efectos del tipo, que la actriz que represente el papel lo vista y caracterice con la opulencia, en el físico, de una jamona.)

PACO. ¡Vaya mañana!, y lo bien que te va a sentar a ti esto. ¡Anda!

SEVER. Tú lo que t'has propuesto es que hagamos en una mañana los paseos de to el mes, pa no te-

ner que volver a salir conmigo, o le has prometido a un santo esta caminata.

PACO. ¡Y que una mujer como tú, *tan retozona,* diga esas cosas!

SEVER. No sé si t'habrás enterao que yo voy ya como p'al arrastre. *(Fatigosa.)*

PACO. Anda un poquito más, que en seguida nos sentamos.

SEVER. ¡Cómo en seguida! Ahora mismo. *(Se sienta en uno de los bancos.)*

PACO. Y ¡luego presumes! *(Sentándose él también.)*

SEVER. No sé de qué. Ahora, que si t'has creído que yo soy esportiva y conmigo se puede dar la vuelta al mundo a pie, t'has equivocao.

PACO. *(Insinuante y cobista le limpia los zapatos sacudiéndolos con el moquero.)* Contigo, Severiana, se puede ir a todas partes sin pensar en la vuelta. ¡Quién sabe si algún día tendremos que dar la que tú dices!

SEVER. Oye, Paco, ¿y pa qué vamos a hacer un viaje tan largo?

PACO. Pa dar *achares* por *toas* partes. ¿Qué te parece?

SEVER. Que a mí eso me tié sin cuidao. Que el que tié que procurar no darme *achares* eres tú. Que yo soy muy *larga,* y veo un poquito más que lo que tú te crees. ¿T'has enterao?

PACO. ¡Vamos, anda! *(Con chulería.)* ¡A ver si es que al final me vas a resultar flamenca, y te doy así! *(Amenazándola.)*

SEVER. Ni flamenca ni tampoco una grulla. Pero lo de la marchosería conmigo, "que no pué ser". ¿Estamos? A ver si va a resultar que yo estoy a toas horas a vueltas con mi negocio pa ganar unas pesetas y después tú te las *bailas* con las galgas esas de los ojos ampliaos.

PACO. Pero ¿a qué viene eso, ni qué motivos tienes tú pa decirme *na* de *na?*

SEVER. Que to se sabe, Paco. Que yo no me he caído

de un guindo, y que una cosa es que una mujer tenga debilidá por un hombre y haga por él lo que pueda, y otra cosa es que ese hombre se time con las trasnochadoras que van a buscarlo a su mesa..., ¿a qué?

PACO. Mujer, es que yo hago la vista gorda y las dejo que galapagueen, que pongan cuando no pueden perder, alguna que otra vez.

SEVER. Y vamos a ver, ¿por qué las dejas?

PACO. Que ¿por qué las dejo? Porque tienen que vivir; porque son mujeres...

SEVER. Pues si son mujeres, aunque a mí me parece que no, que son aperitivos nada más, que se las busquen de otra manera, y sobre todo que no seas tú el que te expongas a perder el pan porque esos *Lulús* se lleven uno o medio. ¿Te dan algo a ti?

PACO. A mí hace ya mucho tiempo que nadie me da nada.

SEVER. ¡Habrá ladrón! Si aun no hace una semana que te di cuarenta duros. Cuando me pagó el marqués el segundo plazo. Vamos a ver, ¿qué día fué? El miércoles, sí; el miércoles.

PACO. Como si dijeras el lunes, porque se m'ha olvidao.

SEVER. ¡Se t'ha olvidao! A ti se te va olvidando to. Lo que no se te olvida es jugarte los cuartos. ¡Miá que está bonito, viendo que to el mundo tié que perder, y piende; llegar tú también, hecho un primo, y dejarte en otra timba lo que te dan por tu trabajo. ¡Vamos, como si los confiteros salieran de su tienda pa atracarse de pasteles en otro lao!

PACO. Es que si hicieran con nosotros, pa quitarnos la afición a los billetes, lo que hacen con los chicos de los pasteleros pa que aborrezcan el dulce, puede que no volviéramos a jugar.

SEVER. Y ¿qué es lo que hacen, patoso?

PACO. Pues darles una hartá el primer día, y si a mí

me la hubieran dao de billetes de los grandes, ¡pa que te voy a decir! Estaría *forrao.*

SEVER. Estarías poco más o menos, a dos velas.

PACO. Lo que es menos, no pué ser; fíjate. ¡Moscas, tres! Chocolate con flauta. *(Volviéndose del revés los bolsillos del chaleco y llevándose el índice y corazón de la mano derecha a la nariz, que queda entre ellos.)*

SEVER. Pa darme la carena que me estás dando, tienes bastante. Me has dicho que nos hacia falta tomar el sol, y eso es lo único que vas a tomar tú hoy. ¡Mialas! *(Haciendo signo de juramento con la mano.)*

PACO. ¡Que te crees tú eso!

SEVER. Pues lo que es, yo te aseguro que mío no tomas nada.

PACO. *(Zalamero y con intención.)* ¿De veritas? *(Acariciándola.)*

SEVER. ¡Vamos, chico, estate quieto! Miá que eres charrán. No t'haces cargo de nada.

PACO. A tu lao, pué que tengas razón. *(Insistiendo en la caricia.)*

SEVER. ¡Huy, Dios mío, estate quieto! ¡Qué sofoco! Como que creo que nos han visto. ¡Vaya un sofoco! ¡Huy, Dios mío! ¡Ay, mi madre! *(Azorándose.)*

PACO. Pero ¿quién nos ha visto y qué es lo que han visto?

SEVER. El guarda y esos que vienen con él y la franchuta detrás, y esos otros dos por ahí en frente. ¡Ay, que vergüenza! ¡Vaya si nos han visto!

PACO. ¡Qué han de ver! Y sobre todo, si me hicieras caso y no t'hubieras parao aquí, no habría pasao na. ¡Ahueca!

SEVER. ¡Ay, mi madre! *(Levantándose.)* Este me lleva a Pozuelo y vuelve el día de tos los Santos a ponerme una cruz. Oye, Paco, ¿cuánto necesitas y acortamos el paseito?

PACO. Lo que tú quieras. Si ya sabes que haces de

mí lo que te da la gana. *(Saliendo.)* Siempre pasa lo mismo, Severiana. A tu lao, una *viruta*...

SEVER. ¡La que está *viruta* perdía..., y por esta visión que parece un hambriento de Rusia, soy yo! *(Fuera.)*

## ESCENA IX

(DON JOSÉ, RAFAELA, la MISS y ANTÓN, por lateral izquierda; un momento después DON RAMÓN y FERMÍN, por lateral derecha.)

ANTÓN. Ahí los tienen ustés, señoritos. Pa ca vienen.

DON JOSÉ. Muchas gracias. *(Entrega al guarda una propina.)*

ANTÓN. A usted, señorito. *(Guardando la propina.)*

DON RAM. *(Presentándose juntamente con Fermín.)* ¡Hola, Pepe! ¡Chico!, ¿qué es eso? ¿Qué te pasa que estás tan grave?

DON JOSÉ. Rafaela me dijo que dejaba a ustedes cuestionando con gente de mala traza.

DON RAM. ¡Bah! *(Quitándole importancia.)*

FERMÍN. Involuntariamente fuí yo la causa.

DON JOSÉ. No era precisa esa explicación. Lo había de suponer.

RAFAELA. Hay gentes muy groseras, que ponen en un compromiso a cualquiera. Fermín no tuvo culpa.

FERMÍN. Tiene razón su señor tío. Si la culpa no fué inmediata pude exponerme con anterioridad a que ocurriera lo que hoy ha ocurrido. Esa es la verdad.

DON JOSÉ. Extraña palabra en boca de usted.

RAFAELA. ¡Tío!

FERMÍN. No se moleste usted, Rafaela. Merezco ese trato.

DON JOSÉ. Por merecido se lo doy.

DON RAM. *(A Fermín.)* ¡Calle usted! *(A don José.)* No ha tenido la menor importancia. Dos sinvergüenzas que quieren aprovechar un momento

elegido para obligar con amenazas de escándalo a una transacción, nada desfavorable para ellos, como podrás comprender. Yo, que había estado observando el juego, y llego cuando me pareció oportuno. Los ventajistas que se van, convencidos o resignados. Nosotros, que lo comentamos dando un paseo, y tú, que llegas ahora con gente armada *(Refiriéndose al guarda.)* para recoger y vengar nuestros despojos. *(Ríe Don Ramón burlonamente.)* Eso es todo.

ANTÓN. *(Aparte.)* Aquí me parece que sobro yo. *(Mutis.)*

DON JOSÉ. Hay algo más que pasas por alto, y que yo le concedo la seriedad que le corresponde.

DON RAM. ¿Y qué es ello?

DON JOSÉ. La situación de Rafaela en ese trance.

FERMÍN. Tiene razón.

DON RAM. *(A Fermín.)* Calle usted, vuelvo a repetirle. *(A Don José.)* La situación de Rafaela es la natural en cualquier señorita con muchos nervios. Un susto desproporcionado y una diligencia inaudita para buscar refuerzos y acudir con ellos.

DON JOSÉ. Supe, al salir de casa, que hacia aquí había venido Rafaela, y emprendí el camino a este lugar por si lograba encontrarla, o a ti, que lo frecuentas, y hallándome hablando con el "chauffeur" llegó asustada, diciéndome lo que han oído ustedes.

FERMÍN. *(Desesperado.)* ¡Maldita suerte!

RAFAELA. *(A Fermín.)* Ten confianza en mí. *(A Don José.)* He de advertirte, tiito, que nadie intentó molestarme en forma alguna. Mi temor fué sólo motivado por la actitud de unos y otros. Después de todo, las mujeres somos siempre muy exageradas...

DON JOSÉ Si continúas con tus disculpas, pensaré lo contrario de lo que dices. Todas las cosas tienen su límite, y en este asunto me parece que ya

le hemos rebasado. *(A Fermín.)* Yo ruego a usted que comprenda lo inconveniente de ciertas entrevistas y las dé por terminadas.

FERMÍN. Pido a usted nuevamente perdón por un incidente que soy el primero en lamentar. No es preciso su ruego para que yo comprenda qué debo hacer en lo sucesivo.

DON JOSÉ. Pues siendo así, poco nos queda que hablar.

FERMÍN. *(Vacilando.)* Dice usted bien. Servidor de usted. *(Cambia una mirada con Rafaela, que involuntariamente sigue a Fermín, retrocediendo al darse cuenta de ello. Hace mutis Fermín.)*

## ESCENA X

DICHOS, menos FERMÍN.

RAFAELA. Yo te suplico, tiito, que no extremes tu rigor con Fermín. El lamenta, como te ha dicho, lo sucedido. Tú quieres impedir que vuelva a suceder, y seguramente no ocurrirá.

DON JOSÉ. ¿Lo aseguras tú? El único medio de evitarlo es el que hemos decidido. Creo que no hay otro.

RAFAELA. Tal vez. Pero... *(Bajando la cabeza.)*

DON RAM. *(A Don José.)* Ese adverbio de modo es todo un poema.

DON JOSÉ. *(A Don Ramón.)* O una rebeldía. *(A Rafaela.)* ¿Qué quieres decir?

RAFAELA. Que acepto, como siempre, tus indicaciones; que no tendrán lugar más entrevistas, y que, seguro tú de ello, porque yo te lo prometo, no adoptarás una actitud de intransigencia que nos impida levantar al que necesita de nuestra ayuda.

DON JOSÉ. Y ¿quién me obliga a prestársela?

RAFAELA. Te lo pido yo; te lo suplico yo. Constituye para mí un deber que nadie me reclama, pero que alienta dentro de mí con la resolución de los grandes sacrificios.

DON JOSÉ. ¿Hasta el de tu felicidad?

RAFAELA. ¡Cómo podría alcanzarla abandonando ahora a Fermín!

DON RAM. Con eufemismos y medias palabras no suele llegarse a conclusiones rotundas. Hay un hecho indiscutible, y a él hemos de atenernos. *(A Don José.)* ¿Cómo vas a impedir que Rafaela practique una obra de misericordia de la que tal vez ella misma sea la principal necesitada, si no la única?

DON JOSÉ. ¡Brava protección ofrece un hombre cuando todo lo ha de esperar de una mujer!

RAFAELA. ¿Qué mal hay en ello, tiíto? El fuerte debe su apoyo al débil. Hoy soy yo quien puede prestarlo con mi asistencia espiritual, con mis esperanzas, con mi fe. A veces esto tiene un valor inapreciable. ¿Que es un hombre quien lo recibe? No nos detengamos por ello. Estas cosas se dan al que las necesita, sin discernir su sexo.

DON RAM. *(Maliciosamente y acariciándola.)* Sobre todo si es a quien nos agrada y las colocamos a rédito.

DON JOSÉ Resuelta estás y no he de conseguir nada con mis razones. Creo que la locura es contagiosa, pero yo no he de olvidar el peligro y me apartaré de él. Al fin de cuentas, tu mayoría de edad puede ser, cuando tú lo quieras, un argumento definitivo, pero siempre sin mi autorización.

RAFAELA. A qué decirme eso, si siempre has estado y estarás donde te necesitó mi interés.

DON RAM. Acabará por convencerte. ¡Por ellas perdimos el Paraíso! ¡Por ellas volveremos a recobrarlo, si ellas lo quieren! Ahora, oídme bien, Fermín me pertenece desde este momento; yo vivo solo y él también. En mi casa nos reuniremos, ya que juntos vamos a resolver muchas cosas que hay pendientes. Mientras él siga en

España, se verá encadenado a mí como Ixión a la rueda de su tormento.

RAFAELA. ¿No crees, tiitó, que el suyo debe ser espantoso?

DON RAM. Se lo debe también a una rueda, dividida en treinta y siete casilleros expoliadores que se cuentan del cero al treinta y seis, y cabe en todos y cada uno de ellos tanta miseria y dolor que sólo se puede comparar con la crueldad o inconsciencia de los que pudiendo evitarlo lo toleran.

RAFAELA. Para obligarnos a las mujeres a maldecir y llorar mientras nos mata la pena.

DON JOSÉ. La conducta individual no debe disculparse con omisiones de orden gubernativo.

DON RAM. La sanidad moral es tan interesante o más que la higiénica. Para ésta, en casos de peste se establece el acordonamiento, y para los apestados el lazareto. Todo con carácter general. Desde hace años padecemos una enfermedad, cuya sinonimia desconozco y que yo me atrevería a llamar "la fiebre verde". Pongamos el acordonamiento en las fronteras y hablemos de la profilaxis en casa. La mía voy a convertirla en lazareto para nuestro apestado. Con una terapéutica excepcional, que consiste en cariño, auxilios de momento, cambio de aires y correo femenino, espero volverle a la salud moral con que alguien le espera.

RAFAELA. *(A Don José.)* ¡Pidiéndoselo a Dios y a ti con toda su alma!

DON JOSÉ. Pueden ustedes hacer lo que crean mejor. Ya conocen mi actitud.

DON RAM. Acabarás por pagar el franqueo de la correspondencia.

DON JOSÉ. Acabaré por abandonaros a todos.

RAFAELA. *(Llorando entre los brazos de Don José.)* ¡Tiito de mi alma!

DON JOSÉ. *(Conmovido y con el mayor cariño.)* Estas lá-

grimas las recojo yo aunque no las viertes por mí. ¡Pobre nena mía! ¡Tu corazón no sabe fingir!

ON RAM. *(A Don José.)* ¡No la compadezcas! ¡Admírala! La mujer reina en el Mundo; su amor es ¡Majestad!

TELON

# ACTO TERCERO

La escena representa un "cabaret".—Por la derecha (del actor) se supone que es el acceso para el público desde la calle.—Por la izquierda se supone también que es el paso a la "sala de juego". En una de las puertas, en la de la calle, debe hallarse un empleado uniformado o portero.—En el fondo, al foro, y en un plano más elevado, la orquesta "Jaz Band", y en torno de la escena, dejando libre el centro para las parejas que bailen, mesas ocupadas por hombres y mujeres, todos bien vestidos y con la animación y alegría propios de los que visitan o frecuentan esta clase de espectáculos, salvo en aquellos grupos en que, por la forma en que se vaya desarrollando la escena, se señala la actitud que deben representar.—La decoración, la propia y casi general de estos lugares.—Muy iluminada la escena.

## ESCENA PRIMERA

(JUAN y ENRIQUE, que ocupan la mesa colocada en primer término de lateral izquierda, sin que tomen cosa de mayor gasto, con un *bock* de cerveza. Ambos son estudiantes, más entregados a la vida alegre que al estudio. JUAN puede decirse que se ha dado de baja en lo de estudiar, convirtiéndose en *martingalero y secretario* del que tiene dinero para jugar. ENRIQUE aun alterna el estudio, el baile y el juego. En el momento de la escena que han de representar cuenta con algún dinero. Antes de abrirse la escena se oyen a telón corrido los compases de un baile y rumor de voces y algazara. Al levantarse el telón aparecen bailando una o dos parejas, y los personajes, en la forma descrita anteriormente para el conjunto, y en particular para la escena primera, que tiene lugar al cesar la música y baile.)

JUAN. *(Mostrando a Enrique una tarjeta para llevar juego.)* ¡Esta es la insaltable; no tiene vuelta de hoja! Y fíjate además que el tanteo no puede ser más lógico.

ENRIQUE. Pero bueno; ¿para cuántas salidas hace falta y a cuánto asciende el martingala?

JUAN. Salidas, salidas para jugarlo como es debido hacen falta *(Consultando la tarjeta.)*, ahora verás... *(Contando.)*, cuatro de uno, cuatro de tres..., tres de siete..., dos de quince..., dos de treinta y uno..., dos de...

ENRIQUE. No sigas. El Banco de España. Eso no lo puede jugar ningún europeo; tienen que jugarlo en Norteamérica Rockefeller, Morgan, Vanderbilt o sus respectivos padres.

JUAN. ¡¡Arrea!!

ENRIQUE. ¡Para!

JUAN. Pero si es... que no te has fijado.

ENRIQUE. Pero quién se va a fijar, si eso parece una tabla de logaritmos.

JUAN. Pues ¡juego por *derecho,* y verás!

ENRIQUE. Todo lo derecho que me permitan las cuatrocientas *lascas... (Saca del bolsillo cuatrocientas pesetas.)* de que dispongo. Que las pierdo (*Besando los cuatro billetes de cien pesetas.),* pues... ¡a tomar el relente por la noche! ¿Que gano?, ¡programa amplio!, ¡plan estupendo y "dejad que las niñas se acerquen a mí"!

JUAN. ¡Olé! ¡Pero y si palmas!

ENRIQUE. Pues..., ¡una vez más!... ¡Y a otra cosa! Desengáñate que todo es cuestión de suerte. Para ganar bien lo que hace falta es eso: suerte.

JUAN. Desde luego, suerte y meter cuando se está de *buenas.*

ENRIQUE. Pues tú debes llevar una temporada muy mala, porque no te veo meter nunca; pero en cambio en estudiar martingalas para jugarlas con el dinero de los demás, estás hecho un *empollón.*

JUAN. Hombre, es que como yo ya no voy a clase en lo que queda de curso, ni tengo que estudiar, puedo aprovechar las barajas libres, que siempre es una ventajilla, porque con puerta no hay martingala posible. ¿Quieres que probemos?

ENRIQUE. Mira, Juan. Hablemos claro. ¿Y si te equivocas como la última vez y nos dan el *salto* por tu equivocación, ¿qué pasa?

JUAN. ¡Hombre!... Eso pasa una vez. Ya comprenderás que lo que a mí me conviene es que se gane.

ENRIQUE. Pero si resulta que cuando se puede ganar te has *equivocado* y por eso no se gana, y cuando se pierde es que estábamos todos de malas.

JUAN. ¡Naturalmente!

ENRIQUE. Sin perjuicio de lo cual, tú ya has retirado tus dos duritos de *prima por gestión*. Resulta que para quien no tienen *salto* las combinaciones es para ti.

JUAN. Pues no me des nada si no se gana. Yo lo juego a lo que resulte. Que se gana..., entonces lo que quieras. Que se pierde...

ENRIQUE. Pones la cara triste, y a otra cosa. No, Juanete, no. Trabaja otra *secretaría,* porque conmigo los industriales no dan golpe.

JUAN. ¿Parece mentira que tú creas?...

ENRIQUE. Lo que parece mentira es que tú me vengas a mí a cantar el "ven y ven".

JUAN. Ya te llegará—y no es que yo lo desee—la época en que te encuentres tan patológico como yo.

ENRIQUE. ¿Tan mal estás? *(Indicándole con el índice y pulgar que se refiere al dinero.)*

JUAN. Como para hacer milagros. En la India tendría ya categoría de fakir.

ENRIQUE. ¿Y no ves más solución que todas esas combinaciones?

JUAN. No veo otra; porque para decirte cómo estaré de malas, te voy a contar lo que me ha sucedido hace un momento.

ENRIQUE. ¿Qué ha sido?

JUAN. Pues que se me ocurrió reclamar una postura que, olvidada, había dado dos golpes, y en cuanto abrí la boca para pedirla, salieron dos mujeres y otro *accionista* pidiéndola también. ¡Y para qué te voy a decir!

ENRIQUE. ¿No la pagaron?

JUAN. Sí...; pero el inspector de la sala nos llamó aparte a los reclamantes, y nos dijo: "¡Con ese muerto se han ahorrado ustedes la fune-

raria, porque lo pueden llevar a hombros entre los cuatro!"

ENRIQUE. ¡Pues sí que es una broma para un fakir!

JUAN. ¡Tú verás! *(Cambiando de tono y con animación.)* Qué, ¿quieres que juguemos la combinación?

ENRIQUE. No me decido. Yo tengo que ir a clase mañana, y como anoche no he dormido, en cuanto cene me voy a dormir, lo que quiere decir que esta noche, por muchas o pocas salidas que tenga el martingala, no hago ninguna; me quedo en casa.

JUAN. Por eso te decía... que yo podía...

ENRIQUE. Si ya te he entendido, pero me sale más barato esto. Toma. *(Dándole dos duros.)* Estos te los comes, te los juegas o te estableces. Lo que más te convenga. Pero a mí me dejas tranquilo, porque en cuanto quiero dormir mientras otro juega por mí, no hago más que sufrir pesadillas y me levanto siempre gritando: ¡ladrones! *(Gritando fuerte.)*

## ESCENA II

DICHOS y el PORTERO.

PORTERO. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

ENRIQUE. *(A Juan.)* Que ¿qué pasa?

PORTERO. No, si el que gritaba era usted.

ENRIQUE. ¡Yo! Bueno.

PORTERO. Ni bueno ni malo, pollo. ¿No era él el que gritaba? *(A Juan.)*

JUAN. Sí, señor; pero no hablábamos de los porteros. Hablábamos de los ladrones, y... claro..., usted se ha creído en el caso...

PORTERO. ¿Es que van ustedes a reírse de mí?

ENRIQUE. Como no diga usted algo gracioso, no. Ahora, que si lo que dice usted tiene mucha gracia, nos reiremos mucho.

JUAN. A mandíbula batiente.

RTERO. De lo que yo diga no se van ustedes a reír.

AN. Te va a decir que por dos duros tiene obligación de matar a uno en cuanto le digan ¡anda con él, León! *(Como cuando se le dice a un perro.)*

RTERO. *(Cogiéndoles de la solapa de la americana a los dos.)* ¡Ahora mismo van ustedes a la calle, tomando esa puerta!

DOS. *(Poniéndose en pie.)* ¡Fuera! ¡Que los dejen! ¡Fuera!

RIQUE. *(Soltándose a la vez de Juan.)* Sí, señor; vamos a tomar una puerta, pero la que nos dé la gana. Fíjese usted. *(Sale Enrique seguido de Juan, deteniéndose ambos en la puerta que da paso a la sala de juego. Hace signos Enrique de silencio, mandando callar al portero.)* ¡Chist!, ¡no conviene!

AN. ¡Los valientes al Tercio! Pero usted no irá porque le iba a hacer cosquillas la borlita del gorro. *(Entrando Enrique y Juan en la sala de juego, en tanto el portero se retira malhumorado.)*

ORTERO. ¡Ya os lo contaré yo luego! ¡A la salida!

AN. ¡Como no sea por teléfono! Me parece que sí... *(Vuelve a su sitio el portero, quedando en libertad el actor que interprete el personaje de Juan para quedarse en escena o salir de ella pasando a la sala de juego.)*

## ESCENA III

PEPITA, PINOCHO, LUCRECIA y el BAILARÍN.

(Sale PINOCHO de la sala de juego, inmediatamente de entrar en ella RIQUE. PINOCHO es un hombre viejo que debe su remoquete a las dinsiones y forma de su nariz, iguales a las del muñeco popularizado r la Prensa gráfica. Cruza la escena cómicamente, con visibles signos ademanes de exagerada tristeza, como corresponde al hombre que acaba jugar y perder; al llegar a la mitad del proscenio se detiene pensativo.)

EPITA. ¿Qué tal, señor Pinocho?

INOCHO. *(Acercándose a la mesa primera lateral izquierda, donde están Pepita, Lucrecia y el bai-*

*larín de la casa, que ocuparon la mesa en que estaban anteriormente Enrique y Juan, apenas éstos se levantaron con motivo de la riña con el portero; se detiene ante ellos, y sin decir palabra se toca con la yema del dedo índice de la mano derecha, extendido horizontalmente, la yugular.)* ¡No me quedan ni alimentos, esto acabará conmigo! No sé... No sé... que va a ser de mí. *(Cómicamente se sienta a la mesa.)*

LUCRECIA. ¡Anímese usted, hombre, que ya cambiará!

PINOCHO. El que cambia cuanto trae de su casa para no volverlo a ver más soy yo. ¡Esto es horrible!

BAILARÍN. Ya vendrá la "buena". *(Con animación.)*

PINOCHO. Pues me parece que cuando venga no me va a encontrar, porque ya no tendré ni casa. *(Pausa.)* ¡Si vieran ustedes qué tristeza tengo y cómo me quedo yo después de una tocata de éstas! ¡Estoy hecho papilla!

PEPITA. No podemos ofrecer a usted más que lo que empleó Dios para hacer el mundo.

PINOCHO. Nada, Ya lo sé. *(Baja la cabeza, mete las dos manos entre las rodillas, y se queda en actitud cómicamente pensativa.)*

LUCRECIA. ¡Que no se diga, hombre! ¡Levante usted esa cabeza! ¡Animo! ¿Quiere usted bailar conmigo? ¡Fuera penas!

PINOCHO. Para tangos estoy yo. Menudo es el que voy a bailar yo solo en cuanto llegue a casa; ¡toda mi vida detrás de un mostrador para ganar unas pesetas, y venir al final a deshacerlo todo aquí, como un pollino que se va al verde sin poderlo remediar!

LUCRECIA. ¡Fuera penas!

TODOS. ¡Fuera penas! ¿Maestro? ¡Fuera penas! *(Se retira Pinocho de escena triste y cómicamente; dando comienzo a la*

MUSICA

CANTANTE Ay, gauchito, no estés triste
porque de ti huyó la suerte;
ni llores ni te acobardes,
y a luchar como hombre fuerte.
Por más que el pesar te hiera,
tú con arrogancia campa
recorriendo la pradera
y siendo el rey de la Pampa.
Aunque la vida cruel te hirió
y sus favores te negó,
has de luchar para vivir
y no llorar, sino reír.
No te entristezcas, por favor,
que el ser cobarde es lo peor;
has de cantar para probar
lo que el valor puede lograr.
Fuera penas,
fuera penas.
Monta, gaucho, en tu caballo
y no mires nunca atrás,
pon tu mirada en el cielo
que un hombre no ha de llorar jamás.

TODOS. Fuera penas, fuera penas.
A olvidar las horas malas
y a esperar con fe las buenas.

CANTANTE La mujer que te ha engañado
se merece tu desprecio,
no vivas acongojado
que el que no olvida es un necio.
Nunca fueron las mujeres
dignas de sufrir por ellas,
entrégate a los placeres
que hay más mujeres que estrellas.

*(Sigue letra y música iguales que en el primer cantable. Véase la partitura.)*

*(Al terminar el número, vuelven a la mesa que ocupaban Lucrecia y el bailarín, haciendo lo*

*propio en sus respectivas mesas los que hayan tomado parte en el baile. Cuando comienzan a bailar se retira de escena Pepita, fingiendo que pasa a la sala de juego, de donde regresa para dar comienzo a la escena siguiente.)*

## ESCENA IV

DICHOS, menos PINOCHO.

PEPITA. *(Se sienta tirando previamente sobre la mesa y en actitud de gran enojo su bolsillo de mano. Ocupa un lugar en la mesa en que se hallan el bailarín y Lucrecia.)* Mientras siga tirando ese tío... ¡Maldita sea su estampa!, no damos una; ¡hay que ver!

LUCRECIA. Pero ¡si es un tío patoso que tiene la negra para todo el que se acerca!

BAILARÍN. No le juguéis más. No sé por qué os habéis de empeñar en ir a su mesa. Aguardar a que tire Paco.

PEPITA. *(Abriendo el bolsillo y sacando de él llaves, la polvera y el pañuelo.)* Lo que es yo no sé ya lo que voy a jugar. ¡No tengo ni gorda!

LUCRECIA. Pues estamos iguales, y por lo que veo *(Mirando a la concurrencia.)*, me parece que la noche se ha metido en agua y nos vamos a casa a pie y con la esperanza de dieta para mañana.

BAILARÍN. Y, dentro ¿no hay nada?

PEPITA. Chico, aquello es un velatorio: unas caras muy largas y alguno que otro que se explica como para no oírle. Hoy ha abierto la boca la banca, y en cuanto enseñas un duro te quedas sin él.

LUCRECIA. Yo me he acercado a Enrique, al estudiante, que parece que se defendía un poco, a pedirle un duro, y me ha dicho de mala manera que me fuera a que me dieran dos. Le estaba dando coba uno para no sé qué martingala. ¡Figúrate! ¡Martingalas a Enrique!

ILARÍN. También tienen gracia, ¡como si no le conocieran!

PITA. Y tú *(Al bailarín.)*, ¿también estás boqueras?

ILARÍN. ¿Yo?, de oreja a oreja; hace ya varios días que vivo por casualidad; debo más de lo que voy a cobrar en la casa, y como no haya quien convide, ni ceno, ni esperanzas. ¡Paciencia!

CRECIA. *(A Pepita.)* ¿Te has fijao en esos? *(Señalando a los de la mesa número dos, primer término de la lateral derecha. Se halla ocupada por dos hombres, Julio y Cayetano, y dos mujeres, Anita y Lola, entregados los cuatro a los placeres de una espléndida cena.)*

PITA. ¡Qué cosas tienes, pues no me he de fijar! Esas han *enganchao*, y se están desquitando; yo no sé al *pardillo* de Julio cuándo se le acaba el dinero. ¡Porque hay que ver lo que ese hombre lleva perdido!

CRECIA. Es que dicen que heredó bastante, pero... cómo..., ¡bastante!

ILARÍN. Pues por mucho que sea, en buenas manos ha caído, porque el Cayetanito ese que le ha tocao de secretario, le deja a dos *velas* antes de que él se entere.

PITA. Pues no te pierdas de vista a las otras.

CRECIA. Esas qué van a hacer. Lo que haríamos tú y yo; y lo que siento es que no sea esta noche.

PITA. ¡Mujer, cualquiera diría que vas a empezar a dar alaridos de hambre! No es para tanto.

ILARÍN. Tú qué sabes. ¡Cuando ella lo dice!...

CRECIA. Es que ésta es de las que primero la matan que confesar una debilidad, y yo, no, hija. Al pan pan, y al vino vino.

ILARÍN. *(A Pepita.)* Fíjate cómo estará, que para hablarnos de su franqueza se acuerda del pan y del vino.

PITA. Pues que se hubiera guardado el duro que se acaba de jugar.

LUCRECIA. Con un duro no hacía nada, y quería ver si un que hacen dos, y dos que hacen cuatro...

PEPITA. Lo mismo que yo, pero como tenemos la negra *encima,* nos han dejao *a pre* de salida. Y después de todo *(Con resolución.),* ¡el dinero es para jugárselo y no pensar más en él. ¡Ya nos arreglaremos como se pueda. ¿No te parece?

BAILARÍN. Cuenta con mis consejos, que valen tanto como si te los diera Papús.

## ESCENA V

(En la mesa número 2, primer término lateral derecha, ocupada por JULIO, CAYETANO, ANITA y LOLA.)

CAYETAN. *(A Julio.)* Tú lo que tienes que hacer es dejar la *murria* y alegrarte, porque esta noche tengo yo la corazonada de que vamos a hacer un estropicio ahí dentro.

ANITA. No sabes cómo me alegraría.

LOLA. *(A Julio.)* Te advierto que a éste *(Señalando a Cayetano.),* como se le ponga el santo de cara, por menos de nada se levanta con un puñado de miles de duros.

JULIO. *(Seriamente.)* Yo no he visto eso todavía; porque para una noche que hayamos hecho alguna diferencia a favor, las más nos han quitao hasta el *hipo,* y me parece que si esta noche ocurre lo mismo, es... la última.

ANITA. Eso lo dicen todos, pero... luego no hay quien lo haga.

JULIO. Pues puede que haya uno que lo diga y lo haga. ¿Crees tú que todos los hombres somos iguales?

ANITA. ¡Vamos, quita! ¡Cómo voy yo a creer eso! ¡Cómo te voy a comparar a ti con los *pelanas* que vienen aquí de *murguistas!* ¡Ni lo sueñes!

LOLA. ¡Pues no hay diferencia que digamos!

JULIO. Es que os advierto que no me refiero al dinero

únicamente. Yo os digo que hay quien se queda arruinado y se echa a la vida para defenderse como pueda: de buena o mala manera, la cuestión es seguir viviendo, y yo, no. Yo me quedo sin dinero, y... se acabó. *(En tono sentencioso y reconcentrado.)*

YETAN. ¡Cabalito!

ITA. No seas bruto, Cayetano, y entérate cuando hablan. No es eso lo que quiere decir Julio.

YETAN. La que se tiene que enterar y no ponerse cursi eres tú. *(Ofreciendo una copa a Julio.)* ¡Bebe, chico, y alégrate! Y vosotras lo mismo. *(Ofreciéndoles sendas copas.)* Las cosas hay que tomarlas a chirigota y reírse de todo. ¿No me veis a mí?

LIO. Y, tú, ¿qué es lo que has perdido?

LA. Yo creo que nada; porque vergüenza, tampoco debe haberla tenido nunca.

YETAN. Pues ahí tienes lo que son las cosas. Cualquiera pensaría que yo debía enfadarme por lo que dice esta *Recreativa,* y, sin embargo, se lo agradezco, porque me ha hecho un elogio que no cabe más.

NITA. ¡Ah, sí! *(Con sorpresa.)*

AYETAN. ¡Naturalmente! Sin tener nada, ni vergüenza, como tú dices; ni dinero, como dicen todos...

LA. *(Interrumpiéndole.)* Y con razón.

AYETAN. Y con razón, también es verdad; vivo, triunfo y soy feliz. ¿Hace falta ingenio para esto? ¿Se necesitan condiciones? Pues eso es lo que yo tengo, y con ello me basta para darle cuatro patás a la vida y reírme de los primos. ¿Te has enterao?

NITA. *(Ofreciendo a Julio.)* Bebe, Julito. Este tío tiene gracia, porque dice las cosas como si le adivinara a una el pensamiento.

AYETAN. Se las digo a todo el mundo y no engaño a nadie. Esa es una de las buenas condiciones mías.

JULIO. ¿No engañas cuando dices que vas a ganar y pierdes?

CAYETAN. Eso es ya pedirme más de lo que se debe. Yo digo que *voy* a ganar, no digo cómo *volveré*, y si en el camino cambian las cosas, no es porque yo quiera que cambien en perjuicio mío. ¿Estás convencido?

JULIO. Como si lo estuviera.

LOLA. Ventajas de venir a estos sitios nada más que *con la cara.*

CAYETAN. ¿Y vosotras, qué traéis?

LOLA. ¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?

ANITA. ¡Menuda suerte la nuestra si nos bastase con la cara! ¡Sí..., sí!...

JULIO. No hacerle caso. Anda, Cayetano. Yo creo que deben haberse ya relevado. *(Mirando la hora en su reloj.)* Sí. Ten mucho cuidado y fíjate en lo que te digo. *(Sentencioso y dándole varios billetes de Banco.)* De lo que hagas esta noche depende algo muy serio. ¡Buena suerte y aprovecharla!

CAYETAN. No te ocupes de eso. ¿Quieres que te avise de cómo voy, o piensas entrar tú? *(Levantándose.)*

JULIO. Si tardas en salir, yo iré a reunirme contigo.

ANITA. *(Ofreciéndole una copa y brindando.)* ¡Por que entres de buenas y salgas de mejores! Bebamos nosotros también. *(Beben todos.)*

CAYETAN. ¡Vamos allá! *(Salen por lateral izquierda.)*

## ESCENA VI

(MOZO, DON RAMÓN y FERMÍN, que entran de la calle y ocupan la mesa número 1, que momentos antes han desalojado para pasar a la sala de juego LUCRECIA, PEPITA y el BAILARÍN.)

FERMÍN. Tenga usted la bondad de sentarse aquí un momento; lo preciso nada más para enterarme si está el cajero y el mozo Agustín, pagarles y marcharnos. Cuestión de muy poco.

DON RAM. No vaya usted a creer que me produce ningu-

na violencia el encontrarme *(Mirando alrededor.)* en tan decorativa compañía. Esto podrá serlo, pero nadie dirá que parece una cueva de ladrones. Si además le añade usted música, bebida y baile, es superar con creces las artes de Monipodio.

FERMÍN. *(Llamando con palmadas a un camarero.)* ¿Sabes si está en la caja Ramiro, el cajero?

MOZO. No le puedo decir, Don Fermín. Voy a verlo, y en seguida se lo diré al señor.

FERMÍN. Aquí te espero.

MOZO. ¿Sirvo alguna cosa a los señores?

DON RAM. Tráigame café y una copita de coñac.

FERMÍN. Lo mismo.

DON RAM. Tal vez no sea lo que yo he pedido lo que aquí debe pedirse.

FERMÍN. Es lo mismo; aquí lo importante es acercarse a la sala inmediata, bien de *motu proprio,* por curiosidad o acompañado de cualquiera de estas desdichadas, contratadas para bailar, conversar y dar coba, como dicen en su lenguaje; las que sin poderse sustraer a la tentación general, cuanto obtienen por mil medios suele quedarse también en las garras de la timba.

DON RAM. A lo que dirán los dueños que son unas viciosas que no se conforman con el sueldo que las dan.

FERMÍN. Seguramente.

DON RAM. Yo les contestaría con la quintilla que respondió un poeta a la pregunta "¿Cuál es la mayor inocentada?" ¿Conoce usted la respuesta?

FERMÍN. No, señor.

DON RAM. Pues decía ¿cuál es la mayor inocentada?

La del señor soberano
al dar a la raza humana
apetitos de gusano
y colocar la manzana
al alcance de su mano.

FERMÍN. Tenía razón. ¡Adiós, Jaz Band! *(Contestando*

*al saludo general, semejante al de los toreros cuando dan las gracias por los aplausos, de un tipo que cruza el salón para entrar en la sala de juego. El actor que caracteriza el personaje debe hacerse una cabeza, y especialmente la cara, cómicamente fea. Le contestan casi todos los presentes.)*

DON RAM. *(Sorprendido.)* ¿Cómo se llama ese amigo de usted?

FERMÍN. Si le he de decir la verdad, lo ignoro. Aquí le llama todo el mundo Jaz Band, y fuera de aquí también.

DON RAM. ¿Y a qué obedece el nombre?

FERMÍN. Visto de cerca lo comprendería usted mejor. Es un hombre verdaderamente feo, y la gente le llama Jaz Band porque en su cara hay de todo menos armonía.

DON RAM. Comprendido.

MOZO. Aun no ha venido Ramiro. Releva a las once. ¿Si quiere algún recado el señor?

FERMÍN. Ninguno. *(A Don Ramón.)* Si usted no tiene inconveniente, esperaremos. Son quince minutos los que faltan.

DON RAM. Esperémosle. *(Sirve el mozo lo pedido.)*

FERMÍN. *(A Don Ramón.)* ¿Cree usted que nos ha visto entrar aquí Rafaela?

DON RAM. Estoy seguro de ello. Tan seguro como que la he saludado.

FERMÍN. En mi última carta le decía cuál era mi itinerario, mejor dicho, el nuestro, para hoy; pero no podía sospechar que la habríamos de encontrar por estas inmediaciones.

DON RAM. Yo sí: el sitio es el más a propósito para pasear en automóvil, y si la casualidad nos pone a la vista del que deseamos ver, nada más natural que elegirlo. Yo creí que conocía usted un poco más a las mujeres.

FERMÍN. ¿Quién puede decir que las conoce, don Ramón?

DON RAM. Efectivamente; pero a fuerza de hacerse uno la ilusión de que puede conocerlas, acierta algunas veces.

JULIO. *(Desde la mesa en que se halla.)* ¡Adiós, Fermín. *(Le ofrece una copa de "champagne".)*

FERMÍN. *(Respondiendo al saludo de Julio.)* ¡Buenas noches, Julio! No; muchas gracias. *(A Don Ramón.)* Ahí tiene usted un caso interesante. El de este muchacho que acabo de saludar. De no vestir de etiqueta, lo vería usted de luto.

DON RAM. ¡Es posible!

FERMÍN. No hace seis meses que fallecieron, casi al mismo tiempo, sus padres, ricos labradores de Extremadura, dejándole en tierras y dinero cerca de un millón de pesetas; vino a Madrid, y algún amigote de los espontáneos y entrañables lo puso al habla con la nube de parásitos que inundan todos estos lugares. Hombre débil, al parecer, y borracho de luz, ruido, juego y mujeres en la forma que aquí se ofrecen esas cosas, se ha dejado ya casi su fortuna, acompañado de toda esa gentuza.

DON RAM. ¡Qué desdicha!

FERMÍN. Yo creo que para él ha llegado ya el momento en que no tienen secreto alguno ni el éter, ni la morfina, ni ninguno de los paraísos artificiales; me parece un hombre algo extraño. Yo, que he visto a tantos hombres perder, la sonrisa de éste, cuando pierde, y su aparente indiferencia, me dan miedo. ¿No cree usted que estos temperamentos que nada exteriorizan deben sufrir aún más que el que no contiene su indignación y llega algunas veces a la incorrección y a la grosería?

DON RAM. Cuestión de temperamento, como usted dice, porque en el dolor físico, el que se queja como el que no se queja, sufren igualmente, aunque lo resistan o aguanten de distinto modo.

FERMÍN. Verdaderamente que pensándolo bien, al llegar

a ciertas situaciones, cuando no podemos reanudar decorosamente nuestro puesto en la vida, porque no supimos conservarlo, lo correcto es salir de ella rápidamente y con el menor ruido, dejando la purificación por el dolor para los fuertes, para los que esperan la bienaventuranza por su martirio.

DON RAM. ¿Vuelve usted a las estúpidas ideas? Ni el lugar es a propósito para ellas, ni usted debe insistir, si se tiene por hombre y no de mal gusto. Piense usted en su próximo viaje y que de usted depende el pronto regreso. Si éste lo efectúa usted como yo espero, pronto me dirá que tiene un puesto, pero en el banquete que la vida ofrece a los felices. El que ha sido antes desgraciado, no importa por qué, debe saber estimarlo en lo mucho que vale.

MOZO. Acaba de llegar el cajero.

FERMÍN. Con permiso de usted. *(Se levanta.)*

DON RAM Si aun nos rondan las ideas negras paso yo también al *Spoliarium*. Yo no me separo de usted.

FERMÍN. De ningún modo. Esté usted tranquilo. *(Sale y pasa a la sala de juego.)*

DON RAM. *(Aparte.)* La verdad es que no lo estoy. Tal vez fuera mejor... No... Esperemos.

## ESCENA VII

(Mesa número 2, ocupada por ANITA, LOLA y JULIO.)

ANITA. *(Al verle salir.)* Ya hacía bastante tiempo que no venía Fermín por aquí.

LOLA. ¿Tú conoces al que le acompaña?

ANITA. Yo no. Y tú, Julio, ¿sabes quién es ese señor?

JULIO. No recuerdo haberle visto nunca.

LOLA. Ni nosotras tampoco.

ANITA. Tiene pinta de pelmazo.

JULIO. No te fíes tú, sin embargo.

LOLA. A lo mejor te crees que un señor de éstos es astrónomo o cosa así.

JULIO. Y resulta que lleva el veinte por ciento en la banca o es el político protector que cobra por que la haya.

ANITA. Mira si fuera verdad y pudiera yo quitarle por lo menos lo que llevo perdido, que no es poco.

LOLA. ¿Cómo le irá a Cayetano?

JULIO. Mal, cuando aun no ha venido por aquí.

ANITA. Hombre, no seas pesimista; puede que esté haciendo la jugada.

JULIO. Me parece que sí. Creo que esta noche la hacemos.

ANITA. ¡Huy! ¡Me das miedo! ¡Anímate, hombre, anímate! ¿Qué te pasa esta noche? *(Julio se encoge de hombros.)*

LOLA. ¿Quieres que vaya a ver a Cayetano y os diga cómo le va?

ANITA. Mejor es que te estés quieta y bailes si quieres cuando toquen, que ya no deben tardar.

LOLA. *(Con superstición.)* Anda, qué mala pata.

JULIO. ¿Por qué?

LOLA. Repara en esos que entran. *(Cruzan por el salón, desde la puerta de la calle a la sala de juego, dos individuos de aspecto triste y andar calmoso.)*

JULIO. ¿Quiénes son?

ANITA. Unos tíos pelmazos que no juegan nunca y se pasan las horas enteras viendo jugar y perder. ¡Qué mal gusto!

LOLA. Y los jugadores, como ven que se detienen con preferencia a secar al que está perdiendo, los han bautizado con el nombre de los "Hermanos de la Paz y Caridad", porque como aquéllos al reo, éstos acompañan al punto en sus últimos momentos.

ANITA. Te podías haber ahorrado la explicación. No tengo yo los nervios esta noche para oír cosas

tristes. No sé por qué, barrunto algo desagradable.

JULIO. Supongo que no empezarás a aullar como los perros.

LOLA. Esta chica tiene siempre cosas muy raras. Cree en los sueños, le echan las cartas y es algo sonámbula.

JULIO. Eso del sonambulismo le ocurrirá la noche que no cene o beba demasiado.

ANITA. No lo tomes a broma. Tiene razón ésta; me ocurren cosas muy raras.

JULIO. ¿Y qué cosas son esas?

ANITA. Toma y bebe, que eso no te importa.

JULIO. Venga. A vuestra salud.

ANITA. A la tuya, pero alegra esa cara. Estás muy raro. Tienes mucha luz en los ojos. Yo no sé qué te veo en ellos.

LOLA. ¡Por tu suerte! *(Brindando.)*

JULIO. Voy a ver cómo anda en manos de Cayetano. Toma y paga. *(Dándole quinientas pesetas.)* Guardar lo que os sobre, convidando a cenar a la que no haya cenado; yo os las enviaré para aquí.

ANITA. ¿Te has fijado que son quinientas pesetas?

JULIO. Claro que me he fijado. ¡Como que no tengo más! *(Sale a la sala de juego.)*

LOLA. ¡Olé los hombres!

ANITA. ¡Calla! Si me pudiera marchar ahora mismo, me iba, en cuanto pagase lo que haya que pagar.

LOLA. Pero, chica, ¿por qué?

ANITA. No lo sé. *(Con gran tristeza.)* Déjame.

(*Música.—"Fox-trot"*).

(Bailan más parejas que la vez anterior, y alguna mujer se acerca a la mesa en que está DON RAMÓN dándole coba, con la extrañeza cómica que puede él expresar. Procúrese que el baile se repita, y antes de que termine la repetición se oyen en la sala de juego dos disparos consecutivos. Cesa la música y baile, huyendo atropelladamente todos los concurrentes para la puerta de la calle: primero, los de la sala de juego, y al ver a éstos, los de la sala de baile, músicos inclusive, menos los porteros, que se dirigen a la sala de juego, y DON RAMÓN y ANITA, que hacen lo propio, sin poder entrar por imposibilitárselo los que de dicha sala huyen asustados.)

DON RAM. *(Alarmado.)* ¡Será posible! *(A los que salen huyendo.)* ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

ANITA. Pero, Dios mío, ¿qué ocurre?

JUGADOR. *(Guardando fichas, billetes y monedas en los bolsillos con gran precipitación.)* Uno que se ha metido dos tiros en la cabeza.

DON RAM. ¿Sabe usted quién es? ¿Lo conoce usted?

JUGADOR. Yo no sé, señor. Yo no sé nada. *(Sale huyendo.)*

PORTERO. *(Tratando de restablecer el orden.)* Calma, señores, calma. Que nos comprometen ustedes.

ANITA. *(Llorando.)* ¡Qué pocas veces me engaña el corazón!

DON RAM. Sígame usted, señorita. *(Pretende entrar, encontrándose en la puerta con Cayetano, al que sigue Fermín.)* ¡Bendito sea Dios! *(Al ver a Fermín, a quien abraza.)*

ANITA. *(A Cayetano.)* ¿Quién ha sido, Cayetano?

CAYETAN. Julio. El pobre Julio. Tenía razón. Cómo había yo de sospechar que estaba decidido a una cosa así. *(Muy emocionado.)*

ANITA. ¿No pudiste evitarlo?

CAYETAN. ¡Qué iba a poder! Perdimos todo el dinero, y al decírselo yo se puso muy pálido y, apartándose de mí, sin decir una palabra, se fué a un rincón de la sala, quedando de cara a la pared. Le vi meterse la mano en el bolsillo del pantalón; yo creí que iba a sacar más billetes, cuando... vi la pistola, y sin darme tiempo a nada, oí los dos disparos. Cayó de bruces y... ¡No quiero acordarme! *(Sale Anita llorando convulsivamente, dirigiéndose a la sala de juego, seguida de Cayetano.)*

FERMÍN. ¡Qué horror, Don Ramón! Salgamos de aquí en seguida.

DON RAM. ¡Pobre muchacho! Con la fortuna que perdió, y la vida con ella, dirán que se atiende a la mendicidad. ¡Qué recursos encuentran los hombres para disculpar su sequedad de cora-

zón! Vamos, Fermín, vamos, que no comprendo el sistema de que a los pobres de hoy los socorran indirectamente los pobres de mañana, los que dejamos que lleguen a la pobreza para que nos sirvan después de justificación a lo ilícito. ¡Qué vergüenza!

## ESCENA VIII

(Al pretender salir del local aparece por lateral derecha RAFAELA, seguida de la MISS. El aspecto de RAFAELA es de gran emoción. Al darse cuenta de su presencia, sufren la natural sorpresa DON RAMÓN y FERMÍN.)

DON RAM. ¡Rafaela!... ¡Qué locura!

FERMÍN. ¿Tú aquí?

RAFAELA. Perdóneme, Don Ramón. *(Con voz entrecortada por la emoción.)* Y tú también, Fermín. Comprendo que es una locura. No debí entrar aquí, pero hay momentos en que no es una dueña de su voluntad. Yo misma ahora no me doy cuenta de cómo pude decidirme a tanto. Discúlpenme ustedes.

FERMÍN. Estás pálida, desencajada. Tranquilízate. *(Ofreciéndola una silla, que ocupa. Tocándole las manos, en tanto Rafaela está casi desfallecida. Pausa.)*

RAFAELA. Ya; ya me he tranquilizado. Nada me ocurre. Vuelvo a pediros perdón.

DON RAM. Pero ¿qué pudo traerte a este lugar?

RAFAELA. Me hallaba paseando en el auto precisamente por frente a la puerta, cuando oí dos detonaciones y, viendo la gente que salía tumultuosamente, preguntamos lo ocurrido. Una muchacha nos dijo que un caballero se había suicidado. Difícilmente puedo explicar a usted *(A Don Ramón.)* qué pensamiento se apoderó de mí, trastornándome hasta tal punto, que sin reflexionar y olvidándome de todo, llegué hasta aquí. Nada más puedo decirles. ¡Ha sido una locura! Tiene usted razón. *(Levantándose de la silla.)*

ON RAM. *(Aparte.)* ¡Divina locura!

ERMÍN. *(Con amor.)* ¡¡Rafaela!! ¡Salvación mía! Salgamos cuanto antes de aquí. Pronto.

ON RAM. Salgamos, sí; salgamos cuanto antes, pero usted no olvide que la muerte ronda en torno de aquellos a quienes el vicio hizo sus favoritos. Ahí queda entre un charco de sangre y con la cabeza deshecha por dos balazos, ese infeliz muchacho, que no encontró en su vida la mujer santa y heroica que tiende el armiño de su amor a un condenado por la fatalidad, sacándole de entre sus garras.

## ESCENA FINAL

(DICHOS y el PORTERO, que escucha el final del parlamento de DON RAMÓN.)

ORTERO. Hagan el favor. Pronto, señores, que va a venir la Policía.

ON RAM. *(Irónicamente.)* No se alarme por nosotros. Avísela cuando vengan a pedir dinero para los pobres.

TELÓN

FIN

Precio: 3 pesetas.